

Ismael Porto Herrera

Don Ismael y sus Culebras



Colección Biblioteca Popular de Urabá

C863

P853

Porto Ismael

Don Ismael y sus Culebras. Medellín,
Ediciones Gráficas, 1988.

p. 86 , (Colección Biblioteca Popular
de Urabá, 1)

1. Cuentos Colombianos, I. Tít.

1a. Edición, Medellín 1988.



Colección Biblioteca Popular de Urabá.

Editor: Jairo Osorio Gómez.

Carátula: Jaime Jaramillo Escobar.

Dibujo Carátula: Pilar Villegas

Diagramación y Montaje: Nubla Arroyave M.

© Derechos reservados conforme a la Ley.

Impreso y hecho en Medellín, Colombia,
por Ediciones Gráficas Ltda.

a:

Mari Nam y Marina

AGRADECIMIENTOS A:

AUGURA / CORPORACIÓN ARTURO ROLDAN BETANCUR / UNIBAN

Cerca de Cartagena existen las Islas de Codego y en ellas la famosa Bocachica, fortín turístico, ictiológico e histórico. Desfilan a diario los yates, las areneras, canoas de cabotaje rumbo a la costa arriba del legendario Urabá, del misterioso Chocó y lo ignoto de la Comarca de San Blas.

Bocachica es muy singular... Para entrar a ese pueblo pesquero otrora, encontramos dos castillos, el de San Fernando y el de San José. En época de la corona española, Cartagena era la mujer apetecida, la niña mimada riquita por naturaleza; las joyas se desparramaban en las gargantas argentinas de la mujer cartagenera, mescolanza de criollas con vírgenes del sol. Esos dos castillos eran la entrada a la Bahía de Cartagena, y cuando se pensaba saquearla, las carabelas hinchaban todo el velamen y existían dos señoras cadenas que eran tensadas de castillo a castillo y ustedes se imaginan el totazo que recibía el barco. Los bocachiqueros nos lucíamos con victoria tras victoria, saqueos tras saqueos, y de ahí

posiblemente nacieron los buzos sin caretas y a todo pulmón pescando el caracol, la langosta y el dólar y la libra esterlina del mister cuando es lanzada al propio canal, tan profundo como el abismo del infierno de la inquisición.

Bocachica es un puerto muy lindo, con una Bahía calladita como el lenguaje de su cielo. Su suelo es madreporas, caracoles, ostras, cascajos y conchas marinas, su olor es salino y de un sopor todo sabrosongo como a la escama milenaria del zábalo. Se comenta que cuando llovía en los canalones, en las huellas de la lluvia se encontraban piedrecitas de oro. En mi pueblo de Bocachica aún sale el mohán y las brujas parecen acróbatas en noches de luna llena de Semana Santa. La gente es supersticiosa y aun cuando llueve con relámpagos, tapan los espejos, se persignan y ponen los ojos en blanco, sacan el perro y se comen las uñas y, hay quien hable...

Decíamos que Bocachica es la entrada a Cartagena y cuando llegaban barcos de alto calado inundaban el pueblo al subir la marea. El Mauretania, sí que hacía de las suyas, pero no protestábamos tanto, porque éramos regalados con enlatados. De las gigantescas bordas del barco tiraban y tiraban cosas y nosotros buceábamos y buscábamos cosas. Los juncos que venían de otras costas arrimaban a la nuestra y amanecían las playas tachonadas de juncos y en ellos aterrizaban los galápagos, los camarones, peces e inclusive toredas y temibles venenosas culebras.

Hacia un año, doña María Herrera fue la reina de la fiesta, nada menos que Policarpa Salavarrieta. La niña María (Policarpa), una rubia de ojos verdes y espigada como los cocos de la Isla de Codego, fue requerida por el apuesto Simón Bolívar, es decir, don Máximo Porto Jiménez personificó al General y Libertador Simón Bolívar y ahora que acaba de entrar en la Bahía el Mau-etania, doña María-Policarpa, estaba próxima a dar a luz. La belleza de la reina fue cautivada por don Máximo-Bolívar. Hubo casorio y estaban al tener casi, casi el primer delfín. Cariñosamente en su pueblo le decían Maxi y según cuentan era hijo de un blanco español de la sociedad cartagenera con una morocha de mi pueblo y, la morocha era una culizita tan espigadita, linda y humilde, sus cabellos eran como el biguá y tan largos que hasta se decía que mis abuelos en noches frías no usaban cobijas. Maxi era la adoración en la Isla de Bocachica y se le volaba al papá blanco, para visitar a su linda monita de ojos verdes, pescar en los cayucos del abuelo materno y mearle los pollerones a las tías negras. Se volaba a cada instante, suspendía estudios, se volaba y en una de esas, la Nasa del amor de la niña Mariíta se abrió y zuáquitit chungulun, casorio...!

Como Maxi no quiso estudiar y era la adoración de la Isla, viendo entre tantos morochos un blanquito bucear en el canal de Bocachica, el dólar y la libra esterlina, se fue animando, lo animaron, y un día se hizo a la mar rumbo al misterioso Urabá; mientras la niña Mariíta con tremendo pipón y ojos cuajados de lágrimas iba a

esperar los largos meses. Los viajes eran tan largos, tediosos, llenos de aventuras y, para rematar, a vela. Hubo épocas que duraban casi el año, por un sinfín de acontecimientos, entre ellos, motín a bordo, fuertes vientos y cambio de rumbo, enfermedad del koky, descale del timón, rotura de arboladura, rypiada y desmantelamiento de velamen y mil vainas más. Entre tanto, la niña Mariíta es herida por el primer dolor que anuncia la proximidad del parto, sus padres la observan en silencio y algunas veces han visto perlas líquidas desprenderse de sus verdes ojitos, Mariíta llora en silencio la ausencia de su Maxi.

Son las seis de la tarde. Bocachica está inundada, el culpable es el fuerte calado del Mauretania. Está anunciando lluvia y la plumiza cercana de la noche es herida por rayos y centellas. Un olor a escama de zábalo viene de los mangles. Mariíta tiene sed. Aun ni en sueño se conoce a Icasa, Servel. El hielo es traído de Cartagena; el alumbrado es con lamparita de mano y mechones, y los hongos hay semanas enteras que dejan al pueblo padecer de sed, hay que racionarla, menos mal que en la casa de la reina hay tinaja y el agua se mantiene fresquita y... Mariíta tiene sed; coge un jarrón de peltre, lo introduce en la tinaja y...

Las consecuencias aún las siento después de 42 años. El alarido repercutió en el pueblo y el eco se lo fue llevando tras las ondas hertzianas hasta los mares ignotos del legendario Urabá. El niño Maxi sintió la puñalada de una tristeza de

pronto sin motivo ni causa. El pueblo se abismó Mariíta yacía en el suelo con la palidez en el alma y sus ojos verdecitos se tornaron blancos y saltarines. Mariíta moría, Bocachica estaba perdiendo su reina y Max-Bolívar su Policarpa Salavarieta. Abuela Elena impotente miraba a su niña tendida en el suelo y aún de su mano derecha el jarrón de peltre goteaba agua de tinaja. Todos impotentes miraban cómo moría la reina de Bocachica. A codazos trataba de abrirse pasos, el profesor Dámaso Romero, Aquiles Vásquez y Carlos Meñaca. Este último decía: Ay hombre, y mi compae Maxi tan lejo, apenas está allegando, ay hombre, Aquiles decía: Dejá la pendejá y alistá el cayuco que nos vamos pa Cattagena. Ana María Jiménez, tía de Maxi gritaba al igual que Araminda y Porfiria. La tía Conce y Ercilia. Mierda, la verdá que Mariíta se estaba muriendo y se iba a morí de tanta vocinglería, qué le pasó a la niña, pero qué sucedió a la reina, quién le pegó a la blanquita, pero habráse victo quién e capá de violá a la pelá... carajo, se van todos y nos dejan solo con la enfermita, ya, he dicho..., vámo, vámo que habló el maestro Dámaso Romero. De los cientos de vocingleros, quedaron seis y la Geño le chorriaba alcohó, Edelmira Fortich le sobaba los cabellos y mi abuela Elena impotente decía que su Manuelito, qué iba a decir cuando viniera en la arenera y encontrara a la luz de sus ojos muerta. Jesús, Jesús, no digas necedades, ten fe en Dió. Precipitud de pasos, sorpresas... Oyela, óyela como pujá... Corran, llamen a la comadrona, llamen a la yumeca Isabel, corre María Carvajal, que Mariíta ectá pariendo... ay, ay, ay,

Dió mío, que no se muera la criatura, préndanle la vela al Perpetuo Socorro, San Antonio no deja que se muera la niña. Todo el mundo hablaba, todo el mundo relinchaba y Mariíta paría, pujaba, lloraba y alcanzó a decir entre sollozos... Mamá, mamá, la culebra se le enrolló en la mano.

Caía desmayada y parió. La sanandresana Isabel recibió el niño. Mariíta se salvó. Tuvo un zarquito verija-larga y al día siguiente encontraron una mapaná raviseco muerta detrás del quicio de la puerta. Cuando llegaban los barcos de gran calado, inundaban el pueblo y hubo coincidencia de que esa vez que llegó el Mauretania, la mar estaba llena de gramalote, el resto se lo pueden imaginar. En toda forma, nació Ismael todo enculebrado.

En Bocachica vivía un señor cazador que le decían Papá Motica y su indumentaria era tan ensalvajada que infundía miedo a los mismos mohánes que habitaban la Isla. Usaba una escopeta con cañón recortado de un solo balín y cuando éste se escaseaba usaba bolita de cristal, pobres venados. A propósito de venados, eran de racimos y los únicos en su especie en las Américas, chivos salvajes, puercos manaos y boas constrictoras. Especies desconocidas en el mundo de Colón, recién descubierto, pero los españoles fueron trayendo para encontrarse en su medio, esto creo yo.

En un día cualquiera papá Motica me invitó a que le llevara a su mujer Eulalia, la desdentada,

dos arepitas de queso -cuánto añoro volver a comerme esas arepitas de queso tapadas con hojas de uvita de playa-, me iba pellizcando las arepitas y pellizca y me perdí... Creí ver esos animales fabulosos que cazaba papá Motica y vi unas murallas, como unos túneles y unas balas grandes. Había monte, muy agreste con rocas olorosas a mar y éste zumbaba y la tórtola me daba miedo y las balizas ululaban y más me iba perdiendo. Comencé a gritar a todo pulmón: Papá Moticaaaa..! El eco jugaba en mi cerebro y el tambor de mi pecho cuajaba el bramido del corazón. Me van a salir los mohanes, las boas, las brujas... papá Moticaaaaa..., el eco aaaaaa. Ese miedo cuajado en el alma se me bajó al esfínter y la mierda comenzó a navegar. Antes de que me fuera a chorrear del todo, me bajé el bombacho y ahí sí que cagué con ganas, con miedo, y hasta la misma mierda estaba asustada, ya que salía a cántaros, pujaba y pujaba con ojos saltones. Tris, tris, agrando los ojos y hojas verdes cuajadas de clorofila por doquier y ojos verdes me miran incesante. Tris, tris, los ojos verdes vienen arras-trándose camino a mí, a quién se van a comer, a mí o a la mierda, pero si yo estoy debajo de la mierda, los ojos verdes tienen un cuerpo y ese cuerpo se para, observa, saca una lengua bífida, la culebra tiene gana de comé y, papá Moticaaaa, carajo, qué tanta bulla, me está espantando el venao, tate quieto puñetero muchacho de lo demonio y diciendo esto, con la culata de la escopeta destrozó la cabeza de la bejuquillo. Ecto puñetero muchacho le tienen miedo hasta la lombrices. Pum... Ja ja, Carajo, hasta que caíste.

Quédate aquí. La culebra aún se retorció y yo la veía y ella me veía, pero, tá clavá carajo, por vení a comerte la mierda. Eso pensaba yo, y volvió papá Motica con el venao a los hombros, lo dejó al lado mío y volvió a cargar la escopeta.

Por el camino le pregunté un sinfín de cosas y también me dijo que esé era un castillo subterráneo y que lo llamaban el castillo de los Angeles. Me habló del castillo del Gran Diablo, que había un túnel que salía de Bocachica y llegaba a la Catedral de Cartagena. Papá Motica, y cuándo me lleva a la catedral de Cartagena y me muestra un túnel, por qué las culebras comen mierda de los pelaítos y, Carajo, no hables tanto, que te van a contestar los árboles. Se me erizó la piel y vi los árboles con brazos arqueados y hojas verdes y ojos verdes. A la edad de cinco años quería saberlo todo. Conocí las astas de los venaos de racimos y se retrató en mi mente que cuando fuera grande iba a ver los túneles en Cartagena, y de los tantos viajes y de los tantos besos que papá Max Bolívar daba a Mariña Policarpa, fueron viniendo niños y ya somos varios hermanos y sé lo que es émbicar un bote y hasta pescar y coger culebras de agua que llaman anguila, morenas y sable.

Un día cualquiera papá compró una casa en Cartagena en el Barrio Rodríguez Torices, y ya, estaba en Cartagena. Mi primera noche en Cartagena fue de fantasmas, de visiones. El profesor Dámaso Romero nos decía que el héroe Blas de Lezo era tuerto, manco, cojo, sordo y hasta plei-

tista y defendió a Cartagena. Socorro Villeros nos refirió en corrillos que había un santo que le lamía las llagas a los negros que venían embarcados del Africa y que su esqueleto estaba en una iglesia que se llamaba San Pedro Cláver y que había unas murallas grandes que tenían túneles y, claro papá Motica me dijo... lloré bastante esa noche por la muerte de papá Motica, lo había picado un mapaná verrugoso y se retorció como esa guarda camino o vejuquillo que se iba a comer la m...

Torices es un barrio viejo de Cartagena, tiene una loma conocida con el nombre de la loma del Diamante y está descuidada, con sus zarzas, basurero y cementerio de perros, burros muertos y almas moribundas sedientas de marihuana. La muchachada del barrio en épocas de cometas la visitamos, y hay tanto monte, tanta mierda, que a cada rato se ven culebrones. Un día pelié y me mordieron la oreja, no sentí tanto el dolor sino el zipote de regaño que me iba a chupar de papá. El pantaloncito me lo habían desgarrado y parecía más bien una pollera, lo amarré con un bejuco y la oreja goteaba dolor convertido en goticas de sangre. Y ahora ¿qué voy a decir en casa? Las lágrimas salían llenas de tierra y la nariz raspada echaba moco sanguinolento y a todo esto la oreja goteaba. No pude pensar en lo que iba a inventar ya que me sentí cogido del brazo y rumbo a casa; cuando quise protestar estaba dentro de casa y mi papá, hermanos, mamá, la gran familia reunida estaba en la santa cena, solamente faltaba el zarquito verija seca y, mi papá y toda la familia me

miraba revolcado, sanguinolento y hediendo a baba de sapo y mil vainas más. Todo era muy quijectesco pero el calzoncito amarrado con bejuco de pipigua era el más colmo de los colmos. ¿Qué le pasó? Quiero la verdad sin que me oculte nada. Era una voz seca y autoritaria. Se me aflojó el dique contenido y me dejaron llorar a todo pulmón con jipeos, sonadas de nariz y todo. Luego, bueno, ahora cuéntame: con el dorso de ambas manos me limpié y rumbo a la verdad: yo estaba elevando mi barrilete en la loma del diamante y era el mejor y el que volaba más alto y pesaba mucho y casi que me eleva, me resbalé y como en la loma del diamante botan tantos animales muertos, allí estaba un perro muerto y cuando me caí los dientecitos me mordieron y..., rompí en llanto, ya que tenía que continuar y mostrar la nariz rota, el bejuco por cinturón, el hedor y vaya a bañarse ahora mismo y a la cama.

Los ojos empañados de llanto y super alegre por haberme librado por el momento de la soberana tunda, busqué una concha de coco con el pretexto de arrancarle una zinga y utilizarla como esponja y, yo que meto la mano y siento la frialdad y la dermis se pone alerta y al dar el tirón a la cáscara de coco la mapaná se despierta y salió de mis labios: Una culebra, una culebra, sonaron platos, sillas y cucharas y entre palos, búlhas y cien cosas más mataron a la culebra que estaba debajo de la cáscara de coco en el patio. Pero estaba más asustado que el carajo, pero en el fondo alegre. Me había salvao de la soberana muenda. Mi mamita me agarraba los cabellos, me

abrazaba y decía: Mi pobrecito niño casi que lo pica un mapanao... Yo me reí con ella mostrándole complacido mi esmelladura. Me faltaban dos dientes y se anunciaban dos hachuelas. En ese entonces tenía siete años y no alcanzaba a comprender que sería más fuerte si una picada de culebra o una soberana muenda. Mi negro culimbo, me decía y yo sentía la delicia del agua que me chorreaba y poco importaban los magullones e inclusive la sangraíta de la oreja, por cierto ese día me dieron más cena que nunca y dormí a todo chorro que hasta me oriné y no me castigaron.

Seguí mi vida de salti maldades. Cerca de mi casa hay un barrio que se llama el Nariño y para llegar a él se debe subir una loma empinada. Estaban de moda, aquellas personas desprotegidas de la suerte, que al no tener bicicleta usáramos una llanta de carro, otra de camión e inclusive de bicicleta. La mía, sin entrar en detalles, era de un Volkswagen, una llanta suavecita y engrasadita la llamaba la Careb...!! En Bocachica existe un pozo hecho por los españoles que nunca se seca y la población se surte de él, se llama Careb, la llantica me hacía sudar más que el carajo y me hacía recordar esa maravillosa agua.

Un día cualquiera, era el jefe de cuadrilla y con mis secuaces subimos a la loma de Nariño a ver quién bajaba más veloz. Mi pelo indio me tapaba el ojo izquierdo y de mi esmelladura salía un hilito de saliva de satisfacción. La espalda era un mantial y, se da la largada y Careb corría y corríaaaa, el eco en mi garganta era aaaaa, por eso

corría y corríaaaa, se me soltaba el pantalón al aflojarse el nudo de perro y con una mano guiaba a Careb y con otra me aguantaba y da y dale. Pero me persiguen los problemas y se le antojó a una niña más flaca que el oreo de una golondrina tuberculosa, descalza, sin pantaloncitos y quedó tendida en carretera una vez fue mordida por las fauces de Careb. ¿Quién corría más, Careb o yo? La bacinilla de mi abuela quedó derramada debajo de la cama, se confundió mi sudor con el hedor y el estropicio era diabólico; dos ojos gateados y un tufo fuerte. Escuchaba gritos en la calle y mi abuelo entró diciendo que todos los males se los achacaban a su nietecito, qué bien pudieran llevarse esa niña para otra parte, lo único que le podría brindar era Arnica y, se iban perdiendo las voces pero acercándose los pasos, mientras el corazoncito quería vomitarlo. Las lágrimas estaban cuajadas, se negaban a salir. Sal, sal de la cama, no te dé miedo que ya se fueron, decía mi abuelo y un montón de piernas miraba que llegaban. Mi madre con un cinturón de cuatro dedos de ancho se lo enroscaba en las manos y yo las veía como escamas de boa. María, no le pegues a mi muchachito, todo muchacho es malo. Mierda, la cosa andaba mala, yo era su nietecito malo, eso sí que no me gustaba. Los grandes conductores se chocan y eso que tienen cabrilla. Salí resuelto y dije: Mamá, no me vayas a pegar, yo no atropellé a esa pelaíta encuera, son tan malas que se ponen debajo de las ruedas para después decir que las atropellamos y cobrar plata a sus papás, yo no la atropellé. Y cómo sabes que era una pelaíta y que estaba encuera? La es-

palda me dolía del tremendo cinturónazo. Ya viste, por hablar, te hubieras quedado callado y nada de eso te hubiera pasado. Me abrazaba a mi abuelo y esto evitó que me dieran una carrandanga de azotes, miraba y miraba la lengua bífida y era la hebilla del cinturón.

Esa noche soñé con culebras pero no me picaron y al día siguiente me bañé temprano para ir a misa y mientras estoy sentado en la taza, miro hacia el techo y vi un hermoso brazalete, éste cayó al suelo y se revolvía y era grande y caminaba. Una señora culebra y sin pantalones y más sucio que el carajo se perdía en el patio un eco agonizante: Una culebraaaaaa... Volvía a llenarse la casa, el patio, y no sólo una mataron sino que encontraron varias culebras enredadas en una mata de estropajo que cubría el techo del baño. Me martillaba el cerebro, culebra, culebra, culebra...

Esa noche recé como nunca y pedí a mi Dios que me librara de ellas, que iba a ser un niño bueno. Pasaron los años y el negro culimbo verija seca se iba poniendo patón y los dientes tapa e yuca le crecieron con una soberana jerga.

A la terminación del callejón donde vivo hay una paradilla que encierra la Clínica Vargas, eran como tres o cinco hectáreas encerradas, parecía un fortín y había mucho monte a su alrededor. Unas matas de auyama cubrían todo, y a mí me gustaban las auyamas sancochaditas y asadas, me gustaba cogerlas como a los otros amiguitos,

aunque me regañaran y muchas veces caminaba encima de las paradellias, me caía y me paraba y un día cualquiera se me machucó el testículo izquierdo y entre llantos me llevaron a casa pero con una soberana auyama entre manos. Mi abuela decía que no iba a tener hijos, y eso me hacía llorar más que el dolor, pero ni aún así solté mi presea. Al rato se me apareció el amigo de marras que le llamaban Diablo Quemao con una culebra muerta guindada en un palo y dijo: cuando se calló de la paradilla y se machacó la bola, ni siquiera se dio cuenta que el ladrillo que se desprendió cayó sobre la culebra y él encima. Quedé seco y esmamoné los ojos, pero el dolor de mi bola machacada me hacía vomitar. Y culebras fue las que siguieron pero siempre que veo sus ojos verdecitos y su lengua bifida el cerebro se me hincha y el occipucio me da vueltas. Cierro mis ojos y aparto de mi pensamiento unos años de mi infancia. Mis abuelos murieron y ahora sí que me irían a picar, a morder y hasta a triturar las condenadas culebras.

Doce años tenía cuando estudiaba en el Colegio Eucarístico del Carmen y había una monja tan linda que a mí me gustaba, sus manos eran tan delicadas que me provocaba que siempre estuvieran embarrutadas de arequipe para chupárselas. Por la frente caía a veces una cascada de pelo negrito y me figuraba todo ese pocotón de pelo que tenía mi abuela cuando era señorita y no necesitaba cobija. Estaba obsesionado y debía de explorar esa oportunidad, si no llegaba la buscaría.

Uno de los tantos días la madre Victoria me hizo que me acurrucara en su regazo y yo todo pobrecito con cara de yo no fui delectreaba, leía y sumaba y a propósito me equivocaba para que ella me agarrara mis manos y yo sentía unos calambres en la espina dorsal, mejor en el espinazo, en aquella época era en el espinazo, y el costillero me temblaba; esta monja me gustaba toda y yo quería casarme alguna vez con una monja, ¿y para qué? Es que en el cuartico donde yo vivía hacía mucho frío y las monjas tienen bastante ropaje, pero mi monja tiene unos cabellos negritos como sus ojos y una boca coloradota, le sudaba la nariz respingona y cuando cantaba con un estribillo: "la, la, lara, lara, lara..." mostraba una lengua bonita y roja, y yo la veía, la veía, me ponía la mano en el mentón y pensaba, pensaba, pensaba lo que uno es capaz de pensar a esos años de edad. Yo tenía que verle la mata de pelo a la madre Victoria y un día cualquiera, le veía la lengua, sus dientes, sus manos, sus pelos y me pilló! La madre Victoria me cogió in fraganti!!! Cómo les parece yo que soy medio negro, algo así como café con leche oscurón y cuando me sentí pillado me puse todo morao, moradote. Y usted qué tanto mira, es que se embobó, qué le pasa, ¿por qué se pone hasta bizco, y es que hasta va a llorar? Los ojos se me nublaron, la pena me acometía y la rabia me cegaba y sin pensarlo dos veces ras, le quité la toca a la monja y como en los cuentos de hadas, como Alicia en el país de las maravillas, le vi la mata de cabellos, eran negritos, lindos, hermosos: Quedé subyugado, enamorado, lelo, pasmado, abstraído y mil

vainas más. Los alumnos reían a carcajadas, y otros decían: péguete, péguete, llévenlo al cuarto de la calavera. El cerebro me martillaba: Se lo vi, se lo vi, ahora me importa. Pero la madre me miraba amorosamente y con ganas de llorar, se ajustó su toca, me abrazó, sentí su pecho duro, sus vestidos perfumados y soñé un instante: La madre me quiere, la madre me quiere, la madre me quiere. La verdad era que me quería joder, ya que mientras yo estaba abstraído ella había pedido auxilio y entraron tres monjas más y mientras yo me sentía abrazado de ternura, ella me estaba era agarrando con todas sus fuerzas para clavarme, azotarme o llevarme al cuarto de la calavera.

Estuve encerrado desde las nueve y media hasta las tres de la tarde. Me fue a buscar mi mamá y otra vez mi martirio. Parecía como si la hebilla del cinturón fuera la famosa bífida que sabemos. Me clavaron, me molieron y con cancióncita y todo, cada chambranazo era con estri-billo. Pa que seas más respetuoso con la madre-cita Victoria. Por cada sílaba chas y chas y chas. En esa época no tenía nalgas ya que era todo esnapado y verija seca. Afortunadamente, la señora Antonia, vecina, dijo: No le pegues más que lo vas a hacer ver culebras. Sentí en el cuerpo como raquidia, como sedante y el látigo quedó en el cielo retorciéndose. Me salvó la culebra.

Pero lo más hermoso de mi vida, de mi niñez eran los ojos de la madre Victoria, estaban cuajados de lágrimas y cuando la vi con odio, se sacó

un mechón de pelo. Cuando dormía, supe que ella me quería y ese mechón de pelo era para mí. Mañana era el acto final, la sesión solemne. Esa noche tuve fiebre y cuando me levanté a media noche para orinar "la cuestión" me dolía mucho y la tenía hinchada, la culebra me había picado con la punta del rabo. Al día siguiente lloré y lloré. Me pusieron compresas en "la cuestión" y escuché a mi mamá decirle a la madre Victoria que jamás en la vida me volvería a pegar. Las palabras, el susurro de la madre Victoria, eran como una oración y en sus ojos vi el mensaje: Cuando crezcas tendrás tu monjita.

Veinte o más años después, siento nostalgia cuando escucho la canción de la monjita. El día que papá murió, la madre Victoria me consolaba y yo la vi nuevamente tan hermosa con su mechón de pelo sacado. Habían pasado treinta y dos años. La madre Victoria aún estaba radiante de hermosura.

Detrás del Hospital Naval de Cartagena se yergue el mar con un azul nítido y un sabor salino tan penetrante como las algas del Mediterráneo; golpean las olas con furia y unas peñas impiden su estampida loca y de furor. Escucho el graznido de las garzas, gaviotas y parecen manchas de algodón confundiendo la libertad con las nubes. Allende horizonte, donde se besa el mar con el cielo, hay una gaviota inmensa, con un velamen, se retuerce toda perezosa y la gaviota, que así se llama la barca, se acerca, se acerca y mis ojos quieren devorar y siento la necesidad de ser marino, de surcar los mares como un día mi padre

sin tener bozo aún se hizo a la mar. Qué bello es el mar y pretendí que esa barca arrimara por mí y embarcarme en ella y no volver al colegio León XIII, donde estudiaba. Era semi-interno, pero apenas tocaban salida me iba a andar por las murallas y a divisar el mar, subirme en el árbol de almendras y guindarme como los micos del circo. En una manga, debajo de un frondoso almendro estaba una tolda cubierta de cartones y harapos. Sentí curiosidad y un día cualquiera me volé, entré de esa casucha estaba cosiendo un viejito que olía a rancio; los ojos los tenía cuajados de nata, nunca se peinó y estaba tan cutre, por cierto, pensé que si se raspaba el sucio podría fabricar olla de barro. Mientras yo lo miraba, él alzó la vista y me rió con todas sus muelas cariacas, le faltaban los dientes y yo no conocía en esa época a Drácula, pero creo que en él se inspiraron para fabricar a draculín. Con voz un poco bronca me dijo: ¿De dónde vienes muchacho y qué buscas, para qué vienes a visitarme, qué me trajiste?

Abuelo, yo no te tengo miedo, però estás muy maluco, ¿por qué no te bañas en el mar, quieres que te traiga mañana un jaboncito y una toalla? El abuelo se sonrió y me dijo: A mí no me estorba el sucio, a los hijos de Dios nos interesan otras cosas, a la suciedad del cuerpo no le prestamos atención. Lo más hermoso es la limpieza del alma y tú eres bueno, y estás limpio por dentro y por fuera.

Me sentí arrebolado. El abuelo acaba de decirme que yo era bueno y precisamente, esta maña-

na cogí una varita, la ensucié de mierda en la punta y la sacudí, cáigale a quien le caiga y si los niños hacen maldades, eso es tan necesario en su mundo, pero no son maldades, son travesuras. El abuelo sabía leer los pensamientos y me ruboricé. Abuelo, ya va a ser tarde y si entro después de la fila estar hecha, me castigan y me dejan sin almuerzo. Mañana te vengo a visitar. Me iba yendo y le preguntaba, abuelo, cómo te llamas; él me contestó: Me llamo Doctor Moré.

Y Doctor Moré navegó en mi cerebro hasta el día siguiente en que fui a visitarlo. Ese día no miré el mar, ni me trepé en los almendros ni me comí las almendritas que tanto me gustaban. Doctor Moré, mire lo que le traje, un jaboncito, una toalla, una camisa, un pan y una panela, y el Doctor Moré me miraba con sus ojos saltones y rojo. Yo no sabía ni entendía nada de marihuana, o sino hubiera asegurado que estaba el doctor "tocado" o listo para hacer un viaje a la luna a un precio tan irrisorio. Me abrazó y me preguntó dónde había adquirido todas esas cosas. Mientras le decía que eso lo había cogido en la despensa del Colegio, que el rector era José Llamas Mendoza y que me quería mucho y que la niña Amparo su mujer, me había dado ese pan. El Doctor Moré abría la boca y salían chorros de olores, como a las algas, a las caracuchas, a las pezuñas de pulpo, a excremento de jaiba, pero estaba contento de estar con el Doctor.

En el interior de la tienda del Doctor Moré estaban apilonados en una mesita una gran cantidad

de libros gordos y sucios. No es bueno que tú robes para traerme cosas, los niños no deben de robar, los niños deben ser buenos... pero yo no lo robé. Figúrese que en la despensa hay mucha panela y se derrite y a veces la botan; a todo semi-interno le dan una toalla para que se seque el sudor y se lave las manos y yo decidí que no voy a sudar más ni me voy a ensuciar. Como no voy a usar más esa toalla que me traje, pero, no diga nada, las toallas que nos dan a nosotros son pequeñas y yo la cambié por una grande que encontré en el baño de doña Amparo y... No sigas, esa toalla tienes que devolverla y... No, entonces no vuelvo a visitarlo. El viejo quedó pensativo y al fin me dijo: Te recibo todo esto con una condición. Puse cara de santurrón y pregunté: ¿Cuál es el trato? Que no me vuelvas a traer nada. Yo no necesito nada, a mí me regalan todo y tengo plata para comprar todo lo que necesito. Tú no has oído decir de la Clínica Vargas, del doctor Eusebitto Vargas y de su amigo, del doctor Ismita Porto Moreno, Vicentico Martínez Martelo, Zapata Olivella, de... mil hombres más decía y al final me dijo que él fue profesor de todos ellos y que le habían asignado platica semanal y mensual, y que la mayoría de esa plata él no la necesitaba sino que hacía obras de caridad y compraba granos para darle a las aves y a las ratas y, mierda, ese amigo mío estará toletiao..., siguió diciendo el viejo, que los hermanos Vargas le tenían un cuartico en la Clínica Vargas, pero él apenas iba los sábados y los domingos, casi no le gustaba porque muchos enamorados iban a visitar a los enfermos y era para besarse y bueno

doctor, yo acepto el trato, nunca le voy a traer nada robado sino lo que sea mío. No, no me traigas nada o mejor no vengas más; se paró y con ira me empujó y los ojos se le inyectaron de sangre; me dio miedo y salí corriendo para el Colegio, estaban haciendo fila y tuve problemas al no poderme secar el sudor. Me saqué la camisa y me limpié dejando toda una huella de cuate. Menos mal que no se dieron cuenta y comí con más hambre que nunca que hasta le dije a doña Amparo que me diera una torta de cucayo y como vio en mis ojos retratado el filo, me dio un tortón de quemao rociao con salsita. Los compañeros me miraban con envidia y el rector miraba con recelo mi camisa, me hice el loco, pero sabía que luego vendría la tormenta, menos mal que ya para entonces estaría jarto.

Me volví a volar y encontré al Doctor Moré co-siendo sus harapos y con tremendo calor no dejaba por nada su saco de paño grueso (paño de los lores, paño inglés). Doctor Moré ¿cómo amaneció? No levantó la cabeza, sino me dijo: Ya estabas demorando, mira lo que te tengo, y sacando de sus bolsillos sucios de la chaqueta dos conservitas de plano me las entregó. Cómetelas que esta mañana las fui a comprar para ti. Y mira abuelo, yo te traje este besito (confite). Me miró con sus ojazos, no estaban tan rojos, lo agarró de un tirón y se lo metió en su desdentada boca, y yo saboreaba las conservitas en silencio; y en el silencio nos mirábamos. ¿Estudiaste mucho? Cuando estés apurado yo te ayudo en las tareas. Vamos a almorzar que tengo hambre. No, yo no

puedo almorzar contigo, yo no puedo quitarte la comida..., yo hablaba todo histérico y él no me paraba bolas, sacó unas hojas de maíz tusa y de unas hojas de periódico envuelto, estaban dos bollos de maíz, un chicharrón, un arenque ahumado y debajo de la mesa un jarrón con guarapo. Con sus dedos gordos y las uñas llenas de cutre, hizo las partes, me entregó una y otra para él y, sus ojos eran inquisidores. Yo no sentí repugnancia sino un nudo en la garganta y cosquillas en el corazón. Comenzamos a comer en silencio. Bebe! No, beba usted primero. Te dije que bebas y me dejes. Me entregó el jarrón y di un sorbito. Bebe má, no sea pendejo. Bebí más y le entregué el jarrón. Bebió como cuando un jugo de milo es tocado por un pitillo en el fondo listo para acabarse, se paladió y dijo: Bebe más que me dejaste mucho. Por la comisura de los labios se dejaban ver pedacitos de bollo arenque y chicharrón lagrimeado. En toda forma cuando estaba más sabroso me dijo: Ahora vete rápido que vas a llegar tarde.

Llegué más temprano y cantando las canciones de doña Amparo: De clase la salida se acaba de tocar, adiós clase querida, adiós clase querida, adiós clase querida nos vamos a marchar. Niños en fila manos atrás, con marchar tranquilo vamos al compás. Deben los juiciosos niños los carros evitar, andar por el camino, andar por el camino. Andar por el camino prontito y sin gritar... Ya veo, ya veo que estás contento. Doña Amparo me aplaudió y el profesor Llamas le picó el ojo y ella rió. Hay un sexto sentido que me dice algo pero...

Me tocó el turno, pongo mi plato, me dan mi ración y cuando como me llama doña Amparo y al llegar veo un tortón más grande que el carajo y con salsita y pedacitos de gorditos. Ya estaba requete lleno, pero viendo los ojos azulitos de doña Amparo y la mirada picaresca del Rector, la cogí con ganas más que nunca y aunque el estómago se negaba me clavé todo ese tortón. Mientras me comía todo ese poco de quemao pensaba qué cuando fuera a ca... iba a pujar de lo lindo y lloraba sin darme cuenta. Solamente uno alcanza a saber el martirio cuando se come una libra de quemao de arroz con coco.

Fueron pasando los días y el Doctor Moré y yo seguimos de lindos amigos, comíamos juntos, reíamos, me explicaba las tareas, me hice muy estudioso, respetuoso, ya no me decían Diablo Quemao, ni Negro Culimbo, ni Verija Seca, nada de eso, me decían el niño Chamaco.

Cinco meses ya habían transcurrido de mi amistad con el abuelo y cuando notaba que tenía los ojos colorados y sin ganas de hablar y las manos encrespadas, me iba rapidito y él nada hacía por detenerme. Cuando notaba que por la comisura de los labios echaba baba, me demoraba hasta tres o cuatro días. Varias veces vi pasar cerca a la casucha al doctor Carrillo que era mi profesor, yo me escondía y puedo asegurar que muchas veces me vio.

Dentro del reglamento del Colegio estaba prohibido salir, mas se toleraba ir al frente, ya que

estaban las murallas y hacía las veces como de un zaguancito con almendras y jardines. Todo esto era obra de doña Amparo, doña Blanca y profesoras. Ahí desfílábamos cuando íbamos a salir y entonábamos el himno: De clase la salida se acaba de tocar...

El Doctor Moré me decía, mientras cosía y remendaba, pegando botones, que la niñez cada día estaba más cerca de Dios, que él en la noche velaba el sueño de los niños buenos. Lo interrumpía y preguntaba ¿por qué no lo veía? Respondía que me quedara una noche despierto y cuando comenzara a roncar mírate cómo te ríes, era que estaba el niño Dios durmiendo conmigo. Me decía que los peces crecían tan grandes que algunos eran tan grandes como una canoa, y que dentro del mar había montañas y barcos hundidos y las sirenas eran bonitas y se enamoraban los marinos de ellas. Por eso algunos no volvían. Me daba miedo y me acordaba de papá. Pensaba que cuando fuera grande no me iba a casar sino que iba a ser marinero para casarme con una sirena. Me enseñó a coser, a pegar un botón, hicimos sopa, le hice comprar ollitas y calderos, cocinábamos; hubo sábados que en vez de ir o decía que iba a misa o a reunión en el Colegio, y me iba a cocinar y hablábamos tanto, que un día creía que yo olía a viejo, que mis ojos se ponían rojos y le decía a mi mamá que yo tenía un abuelo que se llamaba Doctor Moré. Ella se reía y decía que los niños son muy ocurrentes, que había un loco que correteaba a los niños y le decían Doctor Moré, pero la imaginación de los

niños es tan vasta que hasta creen tener abuelos locos.

Un día cualquiera me entretuve demasiado y cuando llegué a casa, es decir al Colegio, ya la fila había entrado y todo el mundo sentado en el comedor; me dio miedo y no encontré dónde esconderme. Algunos patios de las casonas españolas del sector amurallado del corralito de piedra, tienen aljibes, túneles, escondidijos, recovecos y mil vainas más. En el patio del Colegio había como un horno redondo con una boca que apenas cabía un muchachito flaco como yo y sin pensarlo dos veces me metí arrastrándome y ese túnel u horno se iba ensanchando pero oscureciéndose y me daba miedo, terror, pero era más fuerte el castigo que me podrían dar. El profesor Carrillo era el de la disciplina y tenía una regla en forma de pala redonda con tres orificios y le decía Priqui María Bonita. Le sobaba a uno la regla en las manos, se las hacía extender, le agarraba la punta de los dedos, estira y zas..., eran estrellitas y brasas de candela que sentía y zas y zas... depende la falta, hasta quince. El dolor era tan grande que muchas veces tuve que decirle: Ay profesorcito querido, yo no le digo más a la escondida que usted es un hijueputica...

Yo andaba arrastrándome por ese túnel y mis rodillas rozaban un montón como de cajeticas, las rozaba con mis manos y se me ocurrió meterme algunas en los bolsillos. Me senté un rato cuando estuve supercansado y me puse a meditar. ¿Cómo salgo? Doctor Moré, ilumíname. Hay que ha-

cerle frente a la vida. Jamás decir mentiras. Más duelen los azotes del cuerpo que los instantes de tristeza. Más vale mil punzones en el cuerpo que uno en el alma... La filosofía del Doctor Moré me hacía meditar e intenté salir y salí. Estaban en recreo y al ver salir del túnel patas largas y pies percutidos, la gritería era infernal y profesores, rectores, alumnos y Raymundo. Ajeno a todo esto salí y escuché que alguien dijo: "Ahora sí que es un verdadero Diablo Quemao. Pero, ¿si es él o un pichón de murciélago? Pelaitos salían corriendo y hasta terror colectivo. También escuché oh, oh, ayyyyyyy... No, No, no es él y también sentí que me agarró y decía venga pacá sinvergüenza diablo quemao. Las orejas eran las paganas, me metieron en el baño, me dieron ropa de los hijos del rector y después sentado en la Rectoría como perrito regañado en mitad de profesores como consejo de guerra. Ojos inquisidores, el teléfono sonaba y contestaban, se reían, daban gracias, no señor capitán, afortunadamente todo pasó, se sentaba el rector, sonaba el teléfono otra vez, de parte del cuerpo de bomberos? Dígale que ya apareció y explíquele. De la casa llaman, dígale la realidad... Que si pueden soltar al Doctor Moré, dice el teniente. Dio un salto el rector y tomó el teléfono. Sí, no, no cómo se les ocurre, no, no, ni por prevención. Doctor Llamas, el grupo de scout acaba de llegar... Vea, Carrillo, estoy que no doy más, atienda usted a toda esa gente y quíteme a este diablo quemao de encima, de mi vista. Apareció doña Amparo con una infusión de té, lo acarició y le dijo, calma querido, ya todo pasó, ya todo pasó y me miraba con ojos saltarines y azul

rojizo. Mierda, la batahola es grande y yo qué he hecho. Me paré y dije: Niñita Amparito, perdónelos, yo le prometo comerme todos los días las tortas de quemao aunque se me desolleje el cu... La gente reía y reía, de mis bolsillos saqué una cantidad de cajitas que se llamaba mentolatina de la edad años upa. Y eso ¿dónde lo encontraste, quién te dio eso? Era la atracción, era el personaje y tímidamente dije que lo había encontrado en el túnel y que había una carrandanga de cajitas, pero que habían unos brujos que no querían que se metieran muchachitos, sino los amigos del Doctor Moré y yo era su único amigo.

Me castigaron por un mes sin salir a recreo y más tarde supe que al Doctor Moré lo detuvieron creyendo que me había matado en una de sus locuras, el cuerpo de bomberos y voluntarios de la calle Don Sancho me buscaron por toda la ciudad, se había dado la voz de alarma. Estuve perdido día y medio y jamás supe qué bololó se formó en la ciudad. En la casa fui el héroe, no me dejaron pegar ni azotar. Doña Amparo no me dejó ir ese día a la casa. Lo que había encontrado era una droga maravillosa de más de trescientos años atrás y las buenas lenguas dicen que hasta encontraron tesoros, libras esterlinas y doblones españoles.

Cuando regresé a casa era el héroe, llevaba ropa nueva, zapatos, una bolsa de confites, maletín y libros nuevos. Ahora sé que el susto del Colegio era más grande que en mi casa. La responsabilidad y reputación del Colegio. Mi mamá

me mostraba al día siguiente la hebilla bifida y yo ponía cara de pobrecito, como un hijo que me heredó mis vainas. Cuando regaño a John Jairo, pone la cara de yo no fui...

No me dejaron salir más y yo me paraba en la azotea a mirar el vacío, a mirar en las tardes a las golondrinas con su luto como si anunciaran el próximo invierno. Se va a mojar mi abuelo, ¿quién le llevará dulces? Se me aguaban los ojos y un día vi al Doctor Moré que pasaba cerca del Colegio, me brincó el corazón de tal forma que casi que caigo al vacío y grité abuelooooo!!! El no levantó la cabeza pero con sus manos llenas de libros las levantó sin verme. Fue la comunicación, fue la respuesta a mi saludo y cuando él apareció, vi las aves en el firmamento que volaban todas airosas en el cenit infinito de la gloria. Sentí paz. Los niños sabemos sentir paz, amor, piedad y también sabemos hacer maldades piadosas.

Un sábado en la tarde, mi papá llegó de viaje y fui a la canoa de él; la casita del abuelo quedaba muy cerca, me escabullí y el corazón brincaba de gozo. Iba a ver al Doctor Moré, mi abuelo, después de tantos meses, ¿qué techo le habría puesto a la casa? Le iba a pedir plata a mi papá para que le hiciera la casita o le diría a mi mamá para que ella tuviera al abuelo en la casa. El árbol de almendras había mudado de hojas, y se veía pelado y la casa de mi abuelo había desaparecido. En el suelo pedazos de cartones estaban desparramados. Los ojos se me enguaraparon y sentí pum, pum, tsiiii, el mar olas inmensas vom-

taba y el paisaje dejaba un manchón de olvido. Sentí un hormigueo en mis pies, una birra pasaba por mis pies, estaba tan dolorido al ver cómo se había ido de un soplo mi niñez. Aún escribiendo estas líneas, mis ojos se tiñen de un velo de recuerdo triste.

En Bocachica van a hacer un paro total. Cómo les parece que hace un mes no lleva agua el planchón al pueblo y dice el Inspector de Policía que el pueblo se está llenando de comunistas. Mira, Marcelino, mejor déjate de hablar de esas cosas delante de los pelaos, ellos son como una máquina copiadora. En toda forma, continúa diciéndole a mi mamá que por el terminal marítimo están sacando a todos los que no estén con el gobierno de Rojas Pinilla.

Siento unas cosquillas en las mejillas, en los bozos, en las axilas, en todas partes del cuerpo. Tengo ganas de protestar, mis diecisiete años próximos a cumplir me anuncia el metabolismo que experimenta la edad, y si a todo lo malo, a toda injusticia, a toda protesta, le llaman comunismo yo quiero ser comunista.

Lo decidí ese día y en silencio comencé a ser comunista y comencé a leer a Carlos X, Federico Engels, a Bocaccio, a Freud, a Beker, a Vargas Vila, a Julio Flórez y a todo lo que caía en mis manos. Comencé a hacer versos, estaba en tertulias y me invitaron a fumar marihuana. No, rotundamente no, no me apetece la droga fumada sino leída, ya que decían en la Iglesia que los comu-

nistas eran drogadictos, ladrones, sucios, y el que leía libros prohibidos era como fumar marihuana. Alguna vez tuve la tentación de fumar marihuana, al leer una obra tan buena como "el Catecismo de Astete".

Ya conozco los mares, he surcado lo ignoto, las tempestades han azotado mis ideas revolucionarias y hasta milito y soy fundador de la Juventud Comunista en Cartagena, junto con Lineros, Fonseca y el doctor Cotes, Reinerio De La Vega, nos traen buenos conferencistas como a Anatael Díaz.

Dejemos que los muertos duerman el sueño de los justos. Ese día no fuí a clase y me fuí a casa de la novia, ella vive en un pueblo de Mahates y se me ocurrió que se había muerto la mamá de un alumno y había que hacer guardia de honor y los de quinto de Bachillerato éramos los escogidos porque bla, bla, bla... Conseguí permiso y me fui para donde la novia. Era sábado. Muy linda era mi novia, tenía los cabellos largos, ojos negros y menudita como los pasitos de Blanca Nieves. La voz de ella era como un reclamo de alondra y sus brazos eran gordezuelos que le provocaba dormir en ellos. Me quiso mucho, la amé bastante, me besó, la acaricié, la luna brillaba en el cielo de verano y sus ojos brillaban en la selva tierna de mi pecho.

Un mes después muere el profesor tal, que había sido maestro del Colegio donde estudiaba y como yo escribo poesías, me escogieron para de-

clamar el homenaje póstumo. Obtuve permiso. Mi novia era más hermosa y sus senos palpitaban ante mi mirada hombruna. Era maestra y en sus manitas aún cargaba tizas. El cielo de sus ojos era nítido. Mis labios temblaron al no poder decirle delante de las compañeras cuánto la quería, la recordaba, la deseaba y que quería beberme la vida en la copa de sus labios. ¿Amar acaso es delicioso, cuando se tiene un cerebro descongestionado de vicios y pátinas de problemas sociales? Así la quería a ella y así me quiso también. Mi cuerpo joven, mi cerebro descongestionado, mis labios frescos, mis ojos ávidos por explorar cada rincón de su cuerpo, mis sentidos, mi olfato presto a aspirar el aroma ambrosíaco de mujer. La poseí con la mirada, con el olfato, con el deseo, ella me miró arrebolada, sus compañeras lo notaron y se despidieron con una sonrisa elocuente y..., llegó la noche cargada de suspiros, el turpial no cantaba, la paloma daba calor a sus polluelos y mi almohada estaba tibia, al recibir la lengua cabellera de ella.

Las huelgas continuaban y despidos masivos se suscitaban. De noche un grupo de amigos nos poníamos de acuerdo y amanecía la ciudad empapelada, el maestro Olafont, Espriella y el Doctor Cotes, nos orientaban y el tigre no era como lo pintaban. Decían que los comunistas eran sanguinarios, corruptos, depravados, secuestradores y todos los apelativos mayúsculos de Leviatán, mas yo era más bueno que el carajo y lo que hacía lo hacía porque me gustaba y mis ideas eran firmes

y cargadas de justicia social y gritaba, arengaba: Viva el partido comunista colombianooooo.

Murió un compañero de verdá verdá y pedí permiso. Mi papá dijo: Carajo, entonces todos los meses mueren en el Colegio, ten cuidado no vayas a pedir permiso para ir a tu propio entierro. Papá, llame por teléfono al Colegio y... ¿Crees que no voy a hacerlo? Efectivamente llamó por teléfono y con tan buena suerte que contestó uno de mis secuaces, el amigo Fonseca, y dijo que era precisamente yo la persona que iba a hacer el homenaje póstumo. Mi papá rió, sacó de la cartera unos pesos y me dijo: ¿De manera que ahora dejaste la política para meterte a poeta? Cabizbajo contesté: sí señor. Me sentí molesto al ocultarle la verdad a mi papá, que en esos días yo era uno de los fuertes candidatos para ganarme una beca e ir a estudiar a la Unversidad Patricio Lumumba de la URSS.

El entierro fue rapidito y rapidito me fui para Mahates y a mi novia se le agrandaron los ojos al verme y a mí se me agrandó el... no sean mal pensados, el corazón de orgullo, al verla toda peinadita, con tacones altos y un vestido sastre con bolso del mismo color y toda perfumadita. Me besó en la calle y yo me sentí como un Dios, es decir, el Dios de ella y el Dios de mí mismo, esa era la verdad.

La noche demoró muchas horas para venir, pero afuera el sol proyectaba su sombra y achicharraba la hojarasca voluptuosa del amor. La besa-

ba, la besaba y ella lloraba. ¿Lloraba? Le pasé los dedos por sus húmedas mejillas y pregunté sin palabras por qué lloraba y lloró más. Luego me dijo: ¿Por qué no dejas el Comunismo? ¿Por qué te vas a ir para Rusia? ¿Acaso no te basto yo, qué te hace falta? Ven a vivir conmigo. Me sentía empapado de mujer. Sudaba por toda la porosidad del alma a mujer pero las células jóvenes de la rebeldía se imponían y rechazaban tal petición, me levanté como un gigante y como un ser sin dueño habló el hombre y contestó amor: Explicarte cómo te amo, no hay singularismo a ello. Mis primeros labios me hicieron sedientos, son los tuyos. Si pudiera haber un orificio en un cuerpo, por donde tú cupieras, te llevara por siempre dentro de mí, más no hay orificio. Hay un alma, un cerebro y algo tan grande que llamamos Dios. Te llevo en mí y él lo sabe. Te quiero con las palabras no vulgares que solemos decir, pero te amo por encima de todas las cosas. Pero déjame ir. Yo no puedo amarte viendo injusticia social, pobreza, desnudez, hambre. Se tapaba los ojos y sollozaba. Me dijo que era inútil discutir conmigo y por conocerme bien, no insistía, que la amara como si fuera la primera vez, que la amara como si fuera la última vez, pero que la amara y me dejara amar.

Siguieron muriendo amigos, familiares de los amigos, de los profesores y las consignas siguieron y amé y amaron. Pasaba el tiempo como las olas del mar van y vienen. Una noche cualquiera mi novia salió a una reunión y me dijo que si sentía calor, me bañara y la esperara. Mucho rato

después de haberme acostado me dormí con pesadillas y mil vainas más. Levantándome sobresaltado me senté sobre la cama y sentí un silencio gélido. ¿Qué me pasaba? Iba a dejarla, a mis papás también. Me iba lejos, ¿acaso iba a volver? No importa, tengo que volver y vamos a transformar al país, vamos a acabar con Chambacú, con Ceballos. Vamos a transformar todos esos tugurios. Llegaba Eneyda y me colmaba de besos, me desvistió, nos bañamos y cuando cogió la toalla cayó sobre mi espalda y el grito que lanzó y la palmada que dio, el sollozo que exhaló, todo fue una. Ya no la vi y creo que no la sentí. El susto fue tan inmenso al verla a ella, al escucharla y al ver su estremecimiento. Rato después todo vuelve o preténdese volver a la realidad y me comenta que enredada en la toalla se vino una culebra pequeña y me cayó en la espalda. Me quedé pálido, la boca seca y hasta muerto diría yo, en un instante, no sé cuanto tiempo pasó. Le conté todo, desde mi primera culebra hasta ésta. Ella me escuchaba en silencio y sin decir nada, se paró de la cama y me trajo un brebaje, toma, tómatelo todo y tápate la nariz, mientras te lo tomas, piensa que jamás serás muerto por culebra, vayas donde vayas, estés donde estés, ahora tómatelo todo.

La bebida era amarga, picante y sabor a barro con aguardiente. Luego me trajo agua y el cepillo dental con crema. Lávate, ahora acuéstate. La cabeza me zumbaba, la espalda la sentía entumecida, el cuello, la tetilla izquierda y pensé: la culebra me picó y no me dijiste nada. Iba a pre-

guntar y la lengua la tenía paralizada, un sopor. No me dormí pero flotaba y creí verla con una vela mirándome los ojos y sus labios se movían. Sentí un dolor grande en la pierna derecha, vi un cuchillo con la punta ensangrentada. Ella rezaba, movía la vela, con el índice derecho me sobaba la barbilla. Repetía: Jamás, jamás, jamás. Luego se reventó con toda su furia el dique del llanto, se sonó las narices y empolvó, apagó la vela y se metió en la cama acomodando su cabeza en mi pecho.

El sol hacía rato calentaba mi cabeza toda somnolienta, al despertarme me sentía raro, me estiré y casi me caigo, Eneyda no estaba y en la mesa había una nota. Me levanté rápido, leí la nota y me daba los buenos días, que la esperara, que salía a las doce y media, que tenía una cosa buena para mí. El desayuno estaba calientico, que no dejara nada y por favor, si me desesperaba mucho había bastantes libros para leer.

Me bañé, me sentía de lo más de bien, no recordaba nada del episodio pasado y sin saber por qué, sin probar desayuno, abordé el bus rumbo a Cartagena, se saltan algunas notas de nostalgia. Tres días después se precipitaron los acontecimientos y viajé y viajé y viajé.

Era un 24 de diciembre de 1962, me encontraba en una cementera de Jamundí (Valle). El pastor de la Iglesia Adventista del Séptimo Día y otros amigos madrugamos con el propósito de arrancar yuca en una cementera. El trabajo se

repartió y a mí me tocó preparar la comida, una vez terminara los llamaba. Bien, cada cual buscó su lado y yo el mío. La montaña era agreste y árboles milenarios eran casas de ancestros colibríes y cien especies más. Terminaría de hacer la comida a las once y media y con el ardor en los ojos producido por el humo me subí en un árbol y dormí como un lirón.

Cuando desperté era de noche, aún se veían vestigios del semicampamento y alguna humareda. A toda prisa bajé y no vi a nadie; miré, miré y remiré y árboles, grillos, follajes y ojos verdes por todos lados, luciérnagas y llanto de la noche al empezar. Comencé a llamar nombre por nombre. Arturoo, Naborrr, Luisss...

El eco retumbaba en la milenaria selva, camino, me pierdo, ando, me desoriento y me perdí, y me di cuenta que estaba perdido. La cabeza se me puso grande, el pecho se me creció y estoy perdido, no conozco a nadie, no tengo cuchillo, fósforos, es decir ni mierda... ¿Mierda? Mierda sí que tenía, ya que me dio ganas de ensuciar. Me agaché y boté hasta lo que no tenía. Parecía como si el miedo me hiciera crecer la vejiga, es decir, el contenido y se le aflojara la pinga. Cuando ya prácticamente terminé, como a sesenta metros de mí, veo que está agachada alguna persona vestida de blanco. Espero prudentemente que la persona termine y la puñetera persona como si tuviera curso o sufriera de amibiasis, ya que esperé y esperé y no se paraba. En vista de eso, yo me paré y me encaminé a donde estaba el ami-

biásico. Como a veinte metros comienzo a decir eh amigo, hola amigoooo, el eco me fusila el tímpano y me hieló el alma. Carajo, pero el ami-biásico como que es un cura o un monje, tiene como ropaje y túnica; a cinco pasos de distancia lo veo que está agachado del todo y con el moco caído, como si estuviera desmayado. Amigo, amigo, oh amigo y ya comienzo a sentir sustico pero, insisto y me acerco y le toco la cabeza y le digo... No alcancé a decirle nada ya que el amigo o la cosa o lo que fuera levantó la cabeza. Ay mamita mía. Mis pelos se convirtieron en púas de erizo, mis ojos eran balines en cuencas y las orejas eran como un carro con las puertas abiertas. Miedo, susto, terror y otra vez cagalera física. Cuando la cosa levantó la cabeza vi que era una mujer con la cara blanca como pintada en cal, un par de ojos sin vida y grandes, me miró sin verme y ahí mismo cayó la cabeza sintiendo yo el golpe seco al caer en el pecho, al ver todo esto, patas pa qué te quiero y comencé a correr como un poseso, y corra que corra, y corra que corra.

Luiissss... Arturooooo... Naborrrr, el eco de la noche oooooe tris, tris, croak... croaaak, eeoooo, ooooo... crik. Ya no pude correr más y me aferré a un palo, con la garganta seca y árida el alma. Me quedaré dormido, privado, paralizado y volví a ver la cosa blanca, pero ahora estaba parada y venía caminando en dirección a mí. Mierda, pensé, ahora sí que me jodí, esa vaina o como se llama me va a comé y la cosa venía encima y yo clavado. La cosa hablaba, gritaba y yo calladito, mis sentidos recobraron del todo vida y viniendo

cerca escuchaba a lo lejos: Hermano Ismael, Hermano Ismael, Ismaellllll. Mierda, es a mí a quien llaman y salí corriendo al encuentro del Hermano Nabor, lo había reconocido por su turbante y su voz nasal, me abracé a él y al verme cómo temblaba me dijo: Cálmesese hermano, ya pasó todo, vámonos que nos están esperando y poniéndose las manos en la boca como bocina gritaba: Ya lo encontré, ya lo encontré, ya lo encontré. Me llevaba abrazado, casi arrastrando. Déjese hermano, y sin dejarme hablar me echó a los hombros y rumbo arriba. Antes de llegar al borde de la carretera llegaron los otros amigos y dónde lo encontraron, por qué se perdió, qué le pasó, qué tiene. El amigo Nabor: dejen de preguntar, no molesten al hermano. Me acostaron en la camioneta arriba de los costales de yuca y a boquita de mañana llegamos a la galería. Ya me encontraba despejado, me dijeron que cuidara la yuca, unos a llevar la camioneta, otros a comprar el desayuno, otro a buscar comprador y otro hijueputa a contemplarme el tufo que salía de mis entrepiernas.

Ocho de la mañana, van apareciendo todos, unos con ollas, otros con el comprador y después que comimos arreglaron precio, se pegan en los empaques y pa que no haya discusión, la mitad de los empaques son míos y los otros son tuyos y órdenes de vaciar los quince costales y vacia y vacia yuca y el último en vaciar. Las yucas eran gruesas y acoloradas y esa yuca era amarilla con pintas rapé negras y se movía y tenía ojos semi-verdecitos y lengua bífida y todo el desayuno tuve

que botarlo y lo peor del caso que me lo había comido con sabrosura y todo. El remolino de una culebra en galería fue cosa de otro mundo, lo peor del caso es que no me di cuenta si la mataron. ¿Mi cerebro, mi pensamiento, mis sesos, el cerebelo y yo eran culebra? ¿Culebras, culebras y más culebras, carajo, hasta cuándo las culebras?

Van pasando los años con desfile de culebras y en Ipiales durmiendo debajo de un escaño casi me pica una culebra y mira culebras por los parques, es plaza de Puerto López en el corazón de los llanos y desfile y más desfile de culebras.

Los años pasan enculebrados y el destino con su paz sosegada me trajo a Urabá. Vivo ahora en una finca a orillas del Golfo de Urabá. Da gusto en las noches mirar hacia el horizonte y ver cómo las luces de colores viajan con las olas del mar. A lo lejos, en la cercanía del Atrato, donde se besan Colombia y Panamá, donde se abrazan las cordilleras del Chocó con Cabo Tiburón, se escucha el susurro de la brisa huracanada, las chispas y truenos hieren el firmamento. El Atrato con su masa líquida inunda todas estas costas de maderamen, gramalote y corrientes empapadas de gruesas espumas, parece colchones sin acabadero. Los árboles de coco son como atalayas y el viento peina sus penachos, como si fueran las cabelleras de las indias Cunas. Viajan en gramalotes, enjangadas, en afirmados, tigres, leones, dantas, tortugas y mil vainas más, hasta las boas.

Ahora, trabajo en la Inspección Departamental de Policía del Totumo, Municipio de Necoclí, De-

partamento de Antioquia, República de Colombia, y este pueblo queda en todo el centro del Golfo de Urabá y la Inspección es mi casa, es decir, la oficina es la casa de la finca que es de mi padre y un día cualquiera salí a conversar con el mar. Al bajar la escala, sentí un aguijonazo en el tobillo del pie izquierdo. Sentí un quemón, bajé la vista y ya iba en huida la maldita culebra. Me llené de ira y con el tacón del zapato pretendí aplastarla. Hacía días no llovía, por ende el piso estaba reseco y al pisarle la cabeza a la culebra, no alcanzaba a herirle, o posiblemente con la ira que me dio, tiré otra y otra vez me tiró ella. La volví a confundir con la arena y taque, me volvió a picar y más rabia me dio y a ella también y me volvió a picar y siento que los ojos se me inyectan de sangre y un velo de locura rabiosa inunda mis ojos y empaña mi cerebro. El corazón me laté con demasiada prisa, los pelos de la cabeza me zumban y esa culebra tengo que matarla o me mata ella a mí, no importa que me haya picado cuatro veces y... Vi un soberano palo y le trituré la cabeza y el cuerpo, y le trituré la barriga, le partí el externón y toda la masa encefálica y los riñones y hasta que vi que el alvéolo de la vida ya no se retorció en su cuerpo, la dejé lista en el suelo arenoso ensangrentado. Por lo menos si aún vivía, se moriría de gangrena, pensaba, la ira iba pasando, el corazón volvía a sus palpitaciones normales y la vista se aclaraba. Pensé: Tómalo con calma y, efectivamente, saqué el pañuelo, lo doblé y me hice un torniquete una cuarta arriba del tobillo. Listo, quedé satisfecho con mi curación y otra vez vi la culebra asesina, que me quiso

joder del todo. Pero la maté, mentalmente me decía: Ella se quiso burlar de mí y yo la maté carajo. Con una varita y mis manos enrollé la culebra despedazada y se la mostré al señor Inspector Berrío y le dije: Mire, compa, esta carajo me picó y la clavé. Quééééé!!!! Seguro que te picó, dónde, muéstrame y cuándo fue, en qué lugar...

Pacientemente le fui contestando a cada una de las preguntas y por último le señalé el sitio donde me picó y las veces que me esporrongó... El Señor Inspector esmamonaba los ojos, abría la boca, suspiraba, se secaba el sudor una y otra vez, se rascaba la nuca, intentaba hablar y no decía nada y por último al verme la canilla vendada me dijo: Y usted no se da cuenta que esa culebra es una candelilla, Dios mío, ¿qué vamos a hacer? Quédese sentadito aquí, no se mueva, ya vengo.

El secretario quedó obediente a las órdenes del Señor Inspector Berrío. En tanto, yo meditaba y meditaba recordando que cuando estudiaba enfermería nos enseñaron, primero que sobre todo, conservar la calma y, yo la super tenía, limpiarse la herida y hacerse un torniquete, tratar de coger la culebra para determinar su marca criminal, y lo demás, pura mecánica. Bien, yo estaba super bien con cuatro mordeduras y la culebra estaba cabecicaída, la muy imbecuánica estaba arrepentida.

El Totumo era un pueblito incipiente y aún no había carretera, todo había que hacerlo por agua

en chalupas con motor fuera de borda. Normalmente, el Puerto que nos surtía era Turbo y eran las dos de la tarde. Apareció el Señor Inspector con una caterva de ciudadanos, entre ellos Tapa-eyuca, Chapa, Ignacio Conejo, El Loro Medrano, El Lobo Pedro, Lucho El Gato y toda esa fauna cirquera de los pueblos, todos venían abismados, de prisa y en sus pechos y ojos se les veía la ansiedad de la preocupación. Al unísono: Qué culebra te picó, en qué parte, cuántas veces, dónde fue. Mierda, tantas preguntas ya me estaban poniendo de mal humor. No, hay que sacarle el veneno ya, hay que llevarlo a Turbo, no, no, Necoclí está más cerca, hay que ponerle un suero antiofídico, no, llama a la Moya pa que le ponga una cataplasma de pitamorrial con cebo de cuba. Había un viejito que opinaba como los sabios de los pueblos y para colmo parecía un buho con gafas: Aquí en el pueblo hay un curandero Rojas, y todo el mundo sabe que es el más indicado para curar culebras, acuérdense que a mi compae Juan Tejero, tenía dos días de está picao de un condenao verrugoso y a pesá que Rojas tenía nueve día de ectá bebiendo chirrinchi, con una maccá de tabaco lo arregló y appena Tejero abrió los ojo, lo primero que dijo fue: Levántate, tómate cuatro huevo sin clara, cómete un plátano asao despuntao y vente que te ecpero pa bebé y, sobándose la barriga y goppiándose el pecho decía, ya ectá curao, se lo dijo el Bulli Roja, y santo Dio, quedó curao que hacta una novilla nos comimo.

Todo el mundo escuchaba, escuchaba al señor Valdez y autorizó que llamaran al Bulli Rojas.

Seguía la algazara y yo pa que no me molestaran más me hice el dormido y escuchaba que algunos decían: Ya le ectá haciendo efecto el veneno. ¿Tú no ve que por la narí sale un hilillo de sangre? Ya los ojo se le ven sactone.

Creo que me dormí de verdad ante tantos olores a tabaco, a guaro corrido, a axilas sin yodora y a piojo remojao. Lo que fue, fue, cesó el griterío y abrí los ojos. Ante mí estaba un hombrón reseco y con la boca como pico de Guazale, una cicatriz le cruzaba la sien izquierda y con voz de flauta me dijo: Bueno, si ectá licto te curo. Esa culebra e candelilla y ectá empautao con pakcorá. Así que mano a la obra. El viejito-cara de lechuza: Opino que lo acuestemos pa que quede en la cama de una ve... Me llevaron y me acostaron en una cama que habían arreglado en la sala. Mi mujer, con tremendo pipón, estaba esa semana esperandó su primer hijo, nuestro primer hijo y tenía cara de angustia, cara de muerte ajena, se reflejaba en sus ojos y yo me veía en ellos. Con mi mujer estaban unas mujeres de pueblo y entre ellas reconocí a dos brujas con mirada torcida y patas en el suelo y talones rajados o cuarteados. Para no angustiar a mi mujer me hice el semi dormido cuando ella me puso la mano en la frente y, No, No, No!!! No lo toque, ¿no ve que ucté ectá preñá y el almizcle de mujé preñá e malo pa picao de culebra? Tú Cayetana (era una de las brujas) coge too lo que sea cuchara, tijera, cuchillo, aguja y quitalo de la vista y escóndelo en la pitaquilla.

En tanto el Buili Roja, veía mi herida y decía: Tiene buena carnadura, ni siquiera ectá hinchao,

apena se ve lo piconazo, ojalá que no jaya dejao lo cornillo arentro... Lo que pasa e que él e doctó o enfermero y sabe de esa vaina... Ja, que carajo doctó ni que carajo, lo doctore también se mueren, a yo me tocó ver morí hasta cura y obispo, así que qué carajo doctó ni que na. De un tirón me quitó la venda y por arte de magia sentí como si me hubieran inyectado hierro caliente y líquido a través de las venas y comencé a retorcerme y a echar espuma por la boca y a estirarme y a pujar.

El Inspector al ver todo esto escuché también que dijo: Vea Yeyo, vaya a la Hacienda La Floresta y le dice al señor administrador don Ernesto Alvarez que si me presta la chalupa para llevar a don Ismael a Turbo, que está picao de culebrá. Ay, miren cómo se le va poniendo la pierna hinchada, está colorá, la boca se le está poniendo morá... Por un rincón escuchaba un hilito de llanto oprimido. Sabía que era de la señora próxima a tener un hijo. Usted tiene que ponese lo pantalones arrevé, no comé yuca y no cogé hasta que no ecté curao, ni aguja, ni tijera, ni cuchillo, ni ná que contenga metal o níque. Si se descuida lo mata, oiga bien.

La cabeza me dolía y me daba vuelta, me zumbaban los oídos y me meé solo, se nublaba la vista e iba cayendo en sopor, no aguantaba la navegación del hierro derretido en mis venas. Veía unas balas grandes y unos cañones enterrados en uno de los túneles del castillo Gran Diablo de Bocachica, papá motica tenía un sombrero, que no era boina, ni toca, ni turbante, tenía

aspecto de todo y parece que fue de drillón color blanco, usaba unos pantalones que llegaban a media rodilla y abarcas empataadas con huasca de guásimo, fumaba tabaco y con su escopeta recortada, iba de cacería y se perdía en la bruma... Ahora estaba en la Iglesia de San Pedro Claver y rodeaba su urna contemplando el cadáver envuelto en sotanas decoradas con hilo de oro y las cuencas de San Pedro Claver me miraban y yo le reía, sentía mi cuerpo de niño ungido con su mirada y sus labios de calavera me hablaban. Una densa niebla embotaba mi cerebro y la nave de la Iglesia daba vueltas y más vueltas. Llegaban los barcos del Africa y ensartados por los cuellos con cadenas de hierro eran arrastrados a punta de látigo. Arre malditos negros y zas, zas, zas, algunos caían y en su caída arrastraban a los otros. Uno cayó y al no pararse se escuchó un fuerte murmullo y vino el capataz, se agachó, le puso el oído al pecho del esclavo y sacando su espada, su sable, zas. Gotas rojas decoran el aire un instante y hubo un escape de vida y el látigo comenzó a bramar en las espaldas de cadenas de negros. A lo lejos se veía un monje arrodillado en mitad de la plaza diciendo: Perdónalos Señor que no saben lo que hacen. ¿Y acaso sería yo el que estaba contemplando todo esto? Estaba muy pequeño y las cosas se sucedían muy rápido y desfilaban por mi mente cientos y cientos de culebras, sacaban sus lenguas, mi abuela las tomaba en sus manos y las partía en mil pedazos. Volví a las murallas de Cartagena, a las tenazas, bajaba los túneles y me asomaba a las garitas y el mar azulito a lo lejos se veía. El Doctor Moré me

reía con su boca desdentada. Yo lo llamaba y él caminaba sobre la aguas dejándome su bendición y se iba, se iba perdiendo en la bruma. Ahora estoy en un entierro, veo a muchos compañeros de colegio y Eneyda es la profesora y me dice al oído: Pase lo que pase, estés donde estés, jamás serás muerto por culebra. Yo estaré a tu lado, yo te curaré, yo te cuidaré. En tu cuerpo hay escondido algo, no lo vayas a explorar. Muy raro era todo, el ambiente me olía a alcohol, a enfermo, a cercanía de resurrección y movía la cabeza, me agitaba el cuerpo y me agarraba las manos con mis propias manos y todo era blanco. Padre nuestro que estás en los cielos..., un fuerte olor a hospital. Trato de abrir los ojos y los siento pesados. Hay un cura y me dice en un susurro: Recíbela, hijo mío, el Señor. Muevo la cabeza y trato de decir: Yo no me voy a morir todavía, Eneyda me dijo que yo no me moriría... ¿Dónde está el doctor Moré...? No hay más torta de quemao doña Amparo...

Alguien decía, está delirando, está delirando, está delirando ¿y se salvará? Una voz muy familiar, muy querida, muy cerquita y, al oírla se me llenaron los ojos de lágrimas y comencé a sollozar. Reconocí que era mi papá y que había preguntado: ¿Y se salvará? Sentí sus manos cayudas y grandes llenas de vitalidad, como si fuera transfusión de vida. Mi papá sollozaba en mi pecho y yo conmovido por los sollozos de mi papá lloré con él largo rato. Quedé dormido. No sé cuánto tiempo y después, otra vez entre brumas, el sacerdote me obliga a que recibiera la sagrada extremaunción, la hostia. Yo me negaba y le de-

cía, no, no padre, yo no me voy a morir. Volví a dormir, despertaba, dormía y vi paredes blancas, médicos, enfermeras, mi papá reía y el cura volvió a insistir y ya a plena conciencia le dije que no podía, que Dios no quería, que si aceptaba comulgar me moriría. Que yo le prometía que antes de irme, comulgaría. Los visitantes que eran muchos, me miraron asombrados y se miraron entre ellos mismos. En fin, al enfermo hay que dejarlo con sus caprichos. Pero me miraban raro, acaso estaban figurándose que el veneno me había dejado toletiao. Fui teniendo cabal conciencia y la laguna fue llenada poco a poco. Cuando me quitáron el torniquete, el veneno surtió efecto y a la media hora me embarcaron en la chalupa rumbo a Turbo.

Al día siguiente, me encontraba con bastante lucidez como para darme cuenta que estaba en un hospital y que tenía sondas por todos los conductos, e inclusive hasta por el jo... hocico. En las sillas estaban sentados mi papá, el señor Alcides Liñán, Humberto Ruiz, Jason Gallego y toda la familia del Totumo, en conversaciones, y cómo les parece, que la chalupa ese fue el día que más corrió, y cuando vi que el compae Isma, votaba sangre por la nariz, por la boca, por los ojos, por el cu..., cualquier parte del cuerpo, aceleré el motor y, aunque se reviente pero yo no voy a dejá morir a este muchacho y en tiempo récord llegamos en tres cuartos de hora, allí mismo cargamos con él para el hospital y la gente en el Waffe preguntaba y yo decía que era un picao de culebra que traíamos del Totumo; la gente al verlo decía,

mierda si es el secretario, el hijo de don Máximo Porto... Y esa pobrecita mujé de él, tan piponota como está, ojalá no haya parío del tremendo susto, continuaba diciendo el amigo Jason Gallego. A mí lo que ma risa me da, fue lo que le dijo al cura, que él ni iba a aceptar la hostia, porque si comulgaba se moría, ya que él dizque había recibido lo santo solio en la ciudad de lo Cali, ja, ja, ja, ja, mi compae Ismael si que e ocurrente, e chuzco hasta en hora de morise.

Llegaba el doctor y silencio total, todos afuera. Me tomaron el pulso, y afuera el compae Yeyo continuaba con su charla de incidentes.

Cinco días después surcaba el Golfo de Urabá en la canoa Santa Rosa, propiedad del señor Máximo Porto Jiménez. En el puerto del Totumo hervía un hormiguero de gente, estaban esperándome y de todas las veredas, las juntas de acción comunal y Raymundo y todo el mundo. Me bajaron en el cayuco y la gente se agolpó a tenderme su mano. El capitán Aquiles Vásquez, con su vozarrón de boga impidió que se me acercaran. No, carajo, no ven ustedes que ese muchacho todavía ectá mariaio con la droga. No lo molecten, déjenlo quieto, ectá incapacitao por quince días. Escuché por allá una vocecita. Carajo, tú si cree que el compae Ismaé se aguantará la dieta. Hombre, no ve que la mujé ectá paría y pa rematá blandita. Me llevaron cargado a casa y en mitad de la sala, en una María palito estaba sentada la señora con el primogénito que había nacido apenas había arrancado el fuera de borda con el picao de culebra, es decí, tenía en mis haberes

otro culebrón y ese sí que era un zipote de culebra. El niño era verija seca y lloraba más que el carajo. La señora apenas me vio, se le aguaron los ojos y la naricita le temblaba, casi que yo no la pico más.

El tiempo fue transcurriendo y yo comencé a dar mis primeros pininos. Cuatro días después aún no me había pasado el sopor del veneno y entre dormido y mareado siento una bulla a lo lejos y esa bulla se va acercando y sentía pedradas y sentía palos, y sentía: hijueputa, no te vá a escapá, tóma, tóma, dále duro que se va a í la culebra.

Cuando yo escuché el nombre de culebra, todos los sentidos se me tensaron y un miedo atroz y odio feroz se arremolinó en mi espina dorsal y la transmitió al cerebro con todo su grupo sanguíneo. Sin pensarlo dos veces, abrí una ventana y vi que la culebra estaba parada presta a entrarse. Cerré la ventana a toda prisa. Afuera el ruido, las pedradas, los palos, las maldiciones y apóstrofes miles se sucedían. Traté de salir por la otra ventana y la culebra erguida trató de meterse por la ventana. Los ojos se me inyectaron de sangre y vi la culebra, medía como dos metros, sus ojos eran amarillo verdoso, su lengua bífida me señalaba los dos colmillos que iban a picarme y pretendía decirme que era la mamá de la que yo había matado y por ende si me había salvado, de esta no me iba a escapar. Prepárate que vengo a matarte so culebrero inmundo. La culebra me miraba y yo la odiaba con toda mi alma. Cerré con furia la ventana y con el corazón con ganas de trasbo-

carlo me acosté a pensar. Mi cuerpo se retorció y ahora escuchaba voces airadas, llanto de mi mujer, alarido del niño y; cómo le parece, e compae Ismaé sí que ectá salao o tiene algún conjuro, esa condená culebra viene del Colegio que queda como a medio kilómetro de la casa expresamente a picalo, no hombre qué va vea doña, échele azul de metileno con sal a la cuatro esquinas de la casa y dígale al señó Mello que santigüe a su marío. Se me hace cree que tiene alguna vaina en el cuerpo. La señora sollozaba y el niño gritaba más y más. Se me iba subiendo la ira y sin pensarlo dos veces, me levanté, cogí la tranca de la puerta y, al abrirla, el culebrón se me abalanzó y por un tris le esquivé, la bulla de la gente hería mis tímpanos, agarré el palo y con tan buena suerte que al primer trancazo le di y quedó retorciéndose y dale que dale, dale que dale, dale que dale. Jadeaba, lloraba, jadeaba y... Dos horas después despertaba con cansancio en el cerebro. En la frente tenía rodajas de papa con vinagre y, ya volvió, ya todo pasó. Benditó sea San Ambrosio, Anatolio y San Judas Tadeo que metió su mano bendita. Había velas en los cuatro rincones y una de las brujas del pueblo echaba agua azucarada con azul de metileno y petróleo por todos los rincones. La señora y el niño me miraban con ojos agradecidos, como queriéndome decir ella: Casi que no me picas más. Me reí y pasó todo ese episodio.

La culebra era una candelilla con dos metros y quince centímetros. Los muchachos de la escuela la encontraron en el huerto y la toriaron de tal

forma que ella era acosada y vino precisamente a refugiarse donde estaba el picao de culebra, con tan mala suerte que era el compae Ismael. Ya estoy bien y todo pasó. Tengo una sed fuerte y voy a coger un coco de agua, al súbirme a la palma, una culebrita como de dos cuartas trataba de bajar y, ahí mismo caí, por suerte que era en playa y la arena amortiguó mi peso, pero caí encima de la culebra. Con tremendo gusto volví a brincar y caí otra vez sobre la culebra. Yo me atrevo a jurar que esa culebra tenía más miedo que yo, ya que ella pretendía salir volando y yo salir corriendo, menos mal que era birrí y según la gente, la culebra birrí no es tan mortal pero al picar deja de por vida a la gente sarnosa. Cuando di cuatro saltos y caí sobre la birrí, salté por quinta vez, y me acordé que yo había estudiado algo de rosacruzismo y traté de practicar la levitación y mientras pensaba esto, la culebra cobró alas y al caer, ya no encontró mi espalda culebra sino tronco, por suerte estaba podrido. En medio del dolor y de la desventura me reía a carcajadas. Pero qué risa me dio ver a la culebra en estampida y torciéndome los ojos, nunca se atrevió a mostrarme la lengua ni los colmillos, me tenía, o creí verle en su mirada miedo, la culebra me tenía físico miedo y, cuando me levanté mi señora me estaba mirando toda asustada. Como desconocía los acontecimientos y viéndome en el suelo riéndome de tal manera, casi espasmódicamente, pensó que la picadura de treinta días atrás me había dejado con un tornillo menos o toletiao. La verdad que no le di importancia al caso y cuando me acordaba, era para reírme de la cara

de la culebra y de la cara de mi señora al pensar lo que yo me figuraba. Recuerdo que cuando ella me pilló riéndome, yo paré en seco y avergonzado de que creyera que yo estaba toletiao, cambié la expresión y se imaginó que yo pretendía picarla a ella.

El invierno ha iniciado otra vez y el calor es infierno. Me encontraba tras el escritorio organizando unas diligencias sumarias cuando llegó el aviso que debía de ir a la Vereda del Alto Caimán, ya que me estaban esperando para una reunión. Miré el reloj y apenas eran las nueve y media, mentalmente hice el cálculo que tomando el caballo de una vez, por la tarde llegaba a las doce del día. Bien, sin pensarlo ensillé y comencé a galopar rumbo a Alto Caimán. Por el camino iba pensando que el gobierno era muy carajo, yo estaba encargado de la Inspección, un Inspector encargado y había recibido un tele, donde se me decía: Señor Inspolicía. Desalojar colonos reserva indígena a como dé lugar. Secretario de Gobierno tal.

Manda, cojón ese señor, que desaloje a los colonos, cuando ellos son más de quinientos, cómo les parece y sin armas, sin fuerza policiva y sin saber el orden público y la problemática social que se iba a formar.

Me estaban esperando en el Alto Caimán para la reunión con los colonos, días atrás yo les dije que los iba a echar, que la única forma de evitar ese atropello, era hacer un pueblo, que yo les ayudaría con el nombramiento de una maestra

para la escuelita. Días después nació la población de San Rafael en jurisdicción del Totumo. Mientras iba meditando en el proyecto de acuerdo que debía presentar, miraba tigrillos, venados, diversidad de pájaros y ladeaba el río una y otra vez. Guacamayos de diversos colores. Chapaleaban en el río. Caimán, manadas de cacoes o ponches. Los indígenas tenían los caminos como si fueran barridos, aguacatales y ceibas descomunales, chontaduros, árbol del pan y miles de árboles con bejucos y animales salvajes, se divisaba por doquier.

Vaquero es mi fiel compañero y él nunca me desamparaba a donde quiera que iba y se alegraba cuando salía a comisión. Era un perro muy grande, bravo y orejudo. Dicen los entendidos que era clasudo especial en cacería, pero su especialidad era cuidarme y ser muy bravo. El caballo era mío, era un mosquiao trotón galopero y se llamaba Manchita. Iba de lo más de chévere cuando sentí que por mi nuca caía algo y comenzó a caminar y a caminar. Comencé a sobarme y al sentir la cosa, la agarré y vi que era una hormiga gigantesca. Nunca había visto una hormiga tan grande como esa y, del culito sacó una jeringa y chas, me la clavó y chas me la clavó por segunda vez, el dolor fue tan fuerte que ahí mismo la estrujé y seguí mi camino. Cinco minutos después siento una sed, pero una sed inaguantable y para colmo de males la quebrada más próxima está como a diez minutos, la cabeza me duele y me siento mareado, ya imposibilitado de continuar me apeé del caballo, le quito la silla y la pongo de cabecera. Me dormí, me privé y soñé que una

boa descomunal se me está enrollando en el cuerpo y yo grito y no sale ni mú, la boa abre su bocaza y me va a tragar grito y no sale nada, trato de abrir los ojos y no puedo, me sacudo y..., mierda si estoy despierto, pero los ojos los siento pesados y lo que es me oprime el pecho. Entonces no es sueño, es verdad, la boa me tiene oprimido. Me quedé un instante quieto y no me puedo mover del todo y los ojos los tengo empañados. Siento un aliento cálido cerca de mi cara y un tufo rarongongolo, me moja la cara una y otra vez, pienso: las boas primero mojan la presa para después tragársela y así la sienten suavcito, allí mismo me dio fuerzas el miedo y mando la mano y..., introduje la mano en la boca y se me enredó la mano en los colmillos grandes y poderosos; a todo esto el peso que siento en mi cuerpo, en el pecho, es muy fuerte, en el mismo instante que siento la mano en la boca de la boa, la otra mano trata de agarrar ese monstruo y quitármelo de encima, desprenderlo, que el pecho me está asfixiando. Más, eh! Las culebras, ni las boas ni los pitones, ni mucho menos las serpientes tienen lana, ni pelo, ni plumas y esta boa es peluda, o por lo menos tiene pelo, el tacto no me engaña.

Lentamente fui sacando la mano de la boca de la fiera y sentí un vaho, un tufo calientongo y me pasaba la lengua por las mejillas, por el pelo, por la frente, por la boca y, mierda, qué lengua caliente y grande. Mis sentidos despertaron y supieron ahí mismo que la lengua no era superbífida, era una lengua singular pero pepúa, era la lengua

del señor Vaquero y era mi perro que estaba sentado en mi pecho, esperando a que despertara.

Me quedé otra vez como dormido, descansando del sustón y dando gracias a Dios y a Judas Tadeo y a Anatolio y a todos los santos. En verdad, en muchas noches de tertulia se decía que en las veredas del Totumo y en especial Caimán Viejo y Caimán Nuevo, había culebrones tan grandes que hasta se tragaban a un hombre, por tal motivo, figúrense con cuanta caricia y voluptuosidad recibí los tremendos lenguetazos de mi perro y él, dando que dando lenguetazos y de tanto insistir me hizo despabilarme del todo pero al pararme, los pies se resistían a sostenerme, la cabeza me daba vueltas y por mucho que insistí no pude pararme. La noche vendría encima dentro de poco y esto sí se iba a poner color de verrugoso. Grité, eehhhh, quién está por ahí, eeehhhhh, hola, la genteeee. En el follaje el eco viajaba de bejuco en bejuco.

Un estropicio. El perro comenzó a gruñir y a mover la cola y apareció entre las raíces de una vara de indio, el Negro Díaz, un gran amigo mío y con fama de ser brujo entre los brujos. Hay compá y ucté e el que ectá atollao aquí. Yo estaba oyendo el pujo y me asusté, creí que era un buío que se ectaba tragando a algún cristiano. ¿Qué le pasa? Le conté lo ocurrido y me ayudó a subirme al caballo y él se montó al anca.

Por el camino a su casa me dijo que a mí me había picado un trac-trac y que había gente a la

que le hacía tanto daño que había que tratarlo como si fuera picadura de culebra, por tanto me iba a dar un brebaje y a los pocos días estaría mejor.

Me dejé conducir a su casa, me trató bien. Cuando ya llevaba cinco minutos de estar sentado en un chinchorro me trajo una tasa con un contenido negruzco y dijo: Tómelo de un solo sorbo. Tras, me lo tomé de un solo sorbo y, esa vaina sabía amarga, a ala de golondrino y sopa de sapo... Parecía brebaje compuesto por el mismo Satanás. Y, eso qué preparación tiene compadre Negro Díaz. Mira, po sé tú te digo, pero mi cocimiento yo a nadie se lo digo, eso son secreto. Mi ron compueto ectá hecho por llervaní, pitamorrial, cedrón, contragavilana, raicilla, hipe-cacuana y otra raíce que se encuentra pa lo lao de Zuriquí, uno prepara botellón y entre ma fermentao mejor. También le echa ponzoña de animale y de otra vaina má.

Sentí curiosidad y le dije que me mostrara un botellón, no quiso. Insistí y se metió al cuarto y tapado con una tela que no sé cuánto tiempo dejó de ser toalla, lo destapó y al verlo de cerca, el estómago danzó, el corazón brincó y los ojos se nublaron y vomité y vomité y cagué -no me cagué pero casi que me cago- Era una botella grande y transparente como de dos litros, en ella había mil raíces, pezuñas, agujones, pedazos de flores, cabezas de culebras y culebras enteras. De ese brebaje bebí yo.

Después que vomité, me hizo comer a la fuerza comida abundante, me refirió cuentos de las

gigantescas boas que él había visto tragarse terneros, chivos e inclusive cristianos. Toda su ciencia la había aprendido en las agrestes selvas del Chocó, por allá en el Zuriquí, y que estas montañas de Urabá nada tienen qué envidiarle a la selvosidad de esa región. Que hay regiones en el Chocó que da miedo y tanto es así que ni los pájaros pasan por esos lugares. Hay plantas de toda clase, de todos colores, de todas flores, olores raros y a podridos y a perfumes. Hay flores que al posársele un abichucho queda al instante muerto. Hay plantas que al rozar a uno, ahí mismo se le hace una llaga incurable, hay plantas que del bejuco se les raspa la resina y es mejor que cualquier Benzetazil 500.971.000 unidades... Y hablaba y yo comía y él hablaba y comía y el tiempo pasó y como le dije a lo que iba a Caimán Nuevo, él se brindó a acompañarme. Llegamos como a las siete y media de la noche y había más de un gentío. Me entretuve tanto con mi gente que estaba olvidando el guarapo de culebra que había bebido.

Continúa el tiempo surcando en el espacio. Los peces aprovechan la cosecha del planctón y por ende hay subienda. Los patos se hunden y vuelven a emerger con una sardinilla en sus picos. La naturaleza goza con la paz que se vierte en esta región y hace muchos meses que estoy feliz, dialogando con la tranquilidad de mi pueblo. En noches cuando nace algún cristiano o se presume que va a ser cristiano, zumba en el espacio el estropicio y chifla la bruja. Dicen los viejos al escuchar el chillío de las brujas: Allí va carajo,

ojalá encuentre a algún zángano que te dé un caracolazo en el pie izquierdo carajo condená.

Yo duermo en este momento la siesta, acabo de comerme un parguito sudado con todo su ripistrí. Estoy satisfecho con la panza llena y el cerebro descansado. Comienzo a soñar que apenas me despierte me voy a comer dos postas de zábalo ahumao con zumo de coco y... Ismael, levántate, levántate que se va a entrar. Me levánté, sin preguntar y salí a la puerta de la calle y, párate, no sigas que te va a picar.

Al escuchar picar, me quedé clavado en todo el frente de la puerta y mi señora empezó a gritar, decía no sé qué cosas y mostraba encima de la puerta en que yo estaba y mostraba y mostraba. Paralizado estuve no sé qué tiempo y ella seguía mostrando, señalando y gritando y vi en sus ojos tanta agonía que yo también miré y bendito sea Dios.

Extendida a lo largo había una señora boa de dos metros de largo y me miraba con ojos de piedad y yo la miraba con ojos de criminal. Volvió la ira en mí y los instintos criminales me mostraron una varilla larga y fuerte y chas cayó la culebra, se enroscó lista para tirarme y cuando alcé la varilla para darle un fuerte golpe la culebra no me tiró sino que bramó... (hoy es doce de agosto de 1987, doce y media del día y aún se me hiela el alma y el cerebro, con el grito, bramido o como se llame ese alarido). Por dos veces bramó la

culebra, como diciéndome no me mates, soy un ser inofensivo pero mi piedad no pudo con la ira. La boa tenía los ojos verdeazulosos y cuando le machaqué la cabeza, sentí en mi alma una paz y cansancio en el cuerpo. A dos pasos de distancia estaba una caja y la cogí para echar la culebra, en ella y sentí algo blanduzco y frío. Tiré la caja y de ella salió enroscándose otra boa, más pequeña, era la mujer del muerto y cuando me muerdo los labios de pura ira, alguien la mató. Mi hermano Luis había aparecido y con él, el señor Yeyo Medrano. Este, cuando la mató, me dijo: Compá, ucté e mejó que se vaya, si no se va la culebra lo va a matá. Crea que Dió ectá con ucté. Esa culebra lo iba a matá, yo vi lo sojo de esa animá una vaina rara y sepa que yo sé de culebra. Hágame caso, váyase de la región, que aquí hay mucha culebra y usted anda desprevenío de esos bichos ectá a la vista que lo persiguen, váyase para la ciudad y hable con la mujé que lo conjuró.

Traté de no darle importancia a las palabras del Yeyo y me salí al patio y me recosté en una hamaca. Pensé, medité. Y él qué sabe, ¿que estoy conjurado por una mujer? Volvía a mi recuerdo un pueblo, una mujer, Eneyda. Y hoy hacía cinco años que estaba en Urabá y precisamente nueve años cumplía hoy que ella me había conjurado.

Meses después, la situación en el Alto Caimán se puso candente y hay movimiento por aquí y por allá, el Ministro de Gobierno y sus mandos

medios meten sus manos y se lavan como Pilatos. El señor Inspector y yo hacemos buena liga y él me secunda lo que había hecho en beneficio de los colonos y un día cualquiera se va a realizar una asamblea con los colonos y los indios en presencia de funcionarios de Gobierno, policía, alcaldes águilas, caciques y todas las charretales por haber.

A las ocho de la mañana el Inspector y yo nos encaminamos rumbo a Caimán Nuevo. Cuando llevamos diez minutos adelante me doy cuenta que Vaquero se había quedado y trato de devolverme. Me dijo el Inspector: No, es mejor que lo dejes, ese perro es muy bravo y nos puede dar problemas, además, cuidado..! El caballo se para en dos patas, relincha, tumba al Inspector y sale en veloz carrera. Mi caballo relincha, resopla y como a seis metros de distancia vi, sin que él me viera, un culebrón, y ese culebrón tenía por lo menos más de cuatro metros y encima de él bailaban una cantidad de moscas verdes, un hedor nauseabundo dejaba al pasar y el Inspector impávido con los codos apoyados en la barbilla, impotente la vio pasar a tres metros.

Días después volvíamos a referir el cuento y entre ellos salió un hombrecito y parándose delante de mí me dijo: Compa, váyase, esa culebra era una Mapanao Verrugoso, si le hubiera picao a las die hora la piel se le cairía podría pedazo a pedazo. Sentí frío en el alma y comenzó a crecer la duda, la incertidumbre de Ismael y sus culebras.

Por alguna circunstancia que no es del caso mencionar, iba rumbo a Montería vía Santa Catalina y la avioneta se accidentó, afortunadamente nos rescataron seis horas después. En el tira y jala del tremendo sustón, yo lo que más pensaba entre otras era que el señor Inspector de ese entonces, Alfredo Pérez, me había prestado su maletín, que por cierto era muy fino y todo sofisticado. En esa época era presidente del Concejo Municipal de Turbo, y aprovechando una comisión de éste a Bogotá, cogí dos días de más, y al regresar el Inspector se disgustó conmigo porque me había tardado y precisamente tres días antes había llegado un Visitador Administrativo y tuvo que mentir diciendo que estaba en comisión en Medellín por cuenta del Concejo, que ojalá no se dé cuenta del accidente que tuve en el avión, si se da cuenta nos da violín por lo más delgado nos -llega el ácido-, la mocha. Bien, yo le conté lo que había sucedido y él entendió e inclusive me ayudó dos días después.

El mismo día que llegué, saqué la ropa y el maletín y lo puse al sol. Mientras me decía el Inspector que mañana temprano salía rumbo a Turbo, ya que le había llegado un telegrama anunciándole las vacaciones. En la tarde recojo las ropas y el maletín. Le entrego el maletín al señor Inspector y todo normal. Al día siguiente le estoy ayudando a poner todo en orden y toma el maletín, para y..., tiró el maletín con fuerza y dentro de él salió una Packoral de una cuarta, él me vio, yo lo vi y... ¿Qué se imaginaría él? Me dio tanta rabia que sin meditar alcé el tacón del zapato y,

zas, y zas. Le trituré la cabeza al ofidio. No hubo palabras entre nosotros. Cuando se alejó la chalupa con él, me dijo adiós a lo lejos y ya no lo volví a ver. Por allá se quedó. Pidió renuncia y no quiso volver a Urabá. ¿Acaso le di miedo? Esa noche me puse a pensar que así como maté esa culebra, fue como me picó la candelilla, y el espinazo se me puso frío al recordar todas las consecuencias de una imprudencia. Mi cerebro era un volcán y su lava era: estás conjurado... estás conjurado... estás conjurado...

He visto tantas culebras que he tratado de no darle importancia. Las matan con candela y hay quien dice que algunas sacan las patas de acuerdo al rezo y al conjuro. Las he visto trituradas en la carretera y me da fastidio, asco y susto, las he visto ser agarradas por el carricarrí, es un aguilucho y las culebras chillan en forma diabólica cuando son cazadas por el carricarrí. Pero cansaría a ustedes si cuento todos los episodios de culebras. Trato de contar los que han dejado alguna huella, los que recuerdo y las malditas culebras me persiguen tanto que temo cuando en la noche me levanto a orinar, pisar una de ellas. Es tanto el miedo, la aversión que siento por las culebras, que este pueblo es turístico, llegan miles y miles de turistas y casi nunca se ha escuchado que el turista ni el viajero ni el campesino ha sido picado por culebra. Claro que cada regla tiene su excepción. La culebra vive en el monte y ella tampoco es tonta y de vez en cuando se desquita.

Ahora tengo una farmacia y soy el tegua del pueblo. Desde que me tocó atender a mi mujer,

ahora todas quieren que yo sea el partero, suture heridas, curo llagas, pongo sueros, exprimo gollondrinos, hago y deshago, cuando la gente tiene fe y cree que yo le puedo servir, de vez en cuando hasta formulo y hay momentos que viene gente de otros lugares con frasquito de orines o carticas para que yo los cure. Yo me río, más sin embargo trato de ayudarles a mi manera y, la vaina es que deseo saber para ayudarles. Lo único es que me acompaña el deseo de servir, de ser útil a la gente. Vienen de Pueblo Nuevo, de Caribia, de Currulao, de Apartadó y de muchas partes. Cuando se hace de noche le digo a mis enfermos que se queden, se les arregla dormida, comida y listo el pollo. El campo sigue siendo el mismo problema en el país, la necesidad y desamparo del campesino, las injusticias y el engaño, las promesas e incumplimientos del gobierno. Más, sin embargo, el mundo sigue andando. La gente se agolpa, la gente sufre, la gente corre, la gente se asusta cuando ve una hamaca. Viene una hamaca, viene una hamaca y, efectivamente viene una hamaca acompañada de mucha gente y viene directamente a mi almacén farmacia, tienen una estera en la grama y descargan la hamaca, acuestan al paciente en la estera y el paciente se retorció y gritaba y gritaba y se retorció ayyy ay hombre no me dejen morir. Me partía el alma al escuchar los lamentos, una puntada se me clavó en el corazón, al verlo retorcer, ya sabía lo que tenía y pregunté: ¿A qué hora le picó la culebra? Y ¿qué clase de culebra fue? La gente quedó abismada al saber qué tenía el enfermo. Nadie me dijo, pero tenía el presen-

timiento de que era eso y por ende la gente se quedó admirada.

Eran las cuatro de la tarde y había sido picado a las siete de la mañana, era una mapaná rabi-seco. No lo habían inyectado y lo habían tratado todos los curanderos de la región y nada. No se había encontrado en todo Necoclí suero anti-oftídico y yo lo tenía, pero era demasiado tarde. Así lo hice saber y la congoja en el alma de los hijos me dijeron: Doctor, póngaselo aunque se muera, pero póngaselo. Póngale el suero a mi papá que yo pago lo que usted pida doctor, no deje que mi papá se muera. Yo miré al hijo del señor Pineda, a los hijos, a su señora, a sus familiares, a sus amigos, y si ustedes supieran cuando uno es impotente ante lo irremediable, lo que se siente cuando la gente espera demasiado de uno. Quise ser Dios, más éste no aceptó. Bajé los ojos y me sentí impotente. Pineda se iba a morir. Le puse el suero y le dije a uno de sus amigos que no demoraba tres horas y Pineda moriría.

Se retorció en la estera, engarfiaba las manos, se mordía la lengua y decía palabras incoherentes, gritaba, jadeaba y murió Pineda.

La maldita culebra mató a Pineda y entre tanta gente no pudimos hacer nada por Pineda. Mentalmente hice un Padrenuestro y al terminar alguien me dijo: ¿Qué le debo doctor? Sus ojos estaban enguarapados. Le dije, cómprate dos sueros antioftídicos. Mantienes uno en el hospital de Necoclí y el otro me lo traes. Todo aquél que necesite, dile que aquí hay y que traiga dos más.

Por mucho tiempo tuve suero antiofídico, hasta hace dos años en que se le salvó la vida a la mamá de los Bravo y jamás me devolvieron el suero. Menos mal que las culebras se han perdido pero aparecieron otras peores, las culebras de dos patas. El hombre en su afán de lucro, la sociedad en su afán de consumo inoficioso, y la avidez del préstamo fiao y quizá la envidia de quererlo tener todo, sin saber que las consecuencias es más y más gasto, más y más lagunas en el presupuesto, en la canasta familiar, aquí en el campo; en la zarapa familiar, va deteriorando, va consumiéndonos, va exprimiéndonos, que hasta ya hay oficinas para los que se atrasan y la Real Academia de la Lengua ha sido tan hipócrita de aceptar el término de tramposo, al que no puede ni tiene con qué pagar. En fin, malo sería decir: Sálvese quien pueda. Pero la vaina es que la tentación de tener reloj, televisor, betamax, carro, joyas y mil vainas más, que hasta la tanga va a desaparecer para entrar a la moda del cuero real.

Realmente yo como que me encuentro entumado, ya tengo varios lustros y hasta décadas, y por mi mente no está abandonar El Totumo. Uno de mis principales entretenimientos es sembrar árboles y me jacto de manifestar que la mayoría de los que se encuentran en las playas han sido sembrados por mí y de ellos para las plazas y sigo sembrando árboles. A lo largo de las playas se ven los almendros y se sufre cuando los niños inmisericordemente hieren sus ramas con

machetes y sus pesos. Los riño, y algunos contestan con palabras groseras.

Niño, por favor, no te subas a ese árbol, ¿no ves que es pequeño y sus ramas no soportan el peso? El niño me miró con ceño fruncido y nada dispuesto a dejarse convencer. Yo le miré muy airado y sentí que los ojos se me mitificaban como los de un león y, el niño para arriba y para abajo.

El grito que profirió fue tan aterrador, que el eco de su miedo se perdía en la avenida de la playa; gritaba y gritaba: Una culebraaaaaaaaaa, me acerqué al palo y, efectivamente vi una culebra de más de metro y medio de largo. Era una boa y... la boa me sonreía. ¿Me sonreía? Sus ojos eran amarillosos sin rabia sino sonriente y, cosa rara, yo me sonreí, y mientras nos sonreíamos, le di las gracias a la boa por no haberle hecho daño al niño y cuando me di cuenta la boa se había ido, eran las cuatro de la tarde.

Ese día estaban celebrando los primeros cinco años del Liceo del Totumo -IDEM-. Estaba invitado a todas esas actividades, pero tuve una soberana pereza y decidí no ir. ¿El motivo? Aún lo desconozco. Acaba de pasar el problema de la señora boa, cuando me traen un parguito y comienzo a prepararlo para comérmelo sudado y, efectivamente, lo arreglo con todos sus ripiristris y cuando me lo voy a despachar recuerdo la invitación al IDEM y, resuelvo arreglarme para ir a la fiesta a sabiendas que ya estaba finalizada, pero me importó el pargo y me fui.

Encuentro a los amigos que vienen de regreso y me manifiestan que la fiesta ha concluido y lo que se encuentran son borrachos. Continúo mi camino y a pocos pasos del local escolar, me llaman, me invitan a una aguardentada, a la media hora se acaba. Bueno, ya todo se acabó, e inclusive hasta el guaro, insisto y nos vamos a una cantinita de la esquina y hay mucha gente y la mucha gente está contenta, es el remate de la fiesta. Hay educadores, alumnos y padres de familia. Han transcurrido quince minutos desde que llegué. Son las siete de la noche y la fiesta y baile están en su apogeo. El baile no es mi fuerte en el sentido estricto de la palabra, no sé bailar y para colmo tampoco me gusta el baile y, ese día estaba bailando con una señora de edad, que jamás la bailaron ni en cuna y bailaba y bailaba cuando: Se desata la furia de averno y al escuchar ráfaga, gritos, balas, éstropicio y gente corriendo, miro hacia una puerta de salida a la carretera y alcanzo a ver un hombre con una aureola de infierno. Los ojos inyectados de sangre, los cabellos como un puerco espín, la cara encendida y los ojos saltones. En la mano derecha una metralleta y chorreaba plomo candente. Todos los que estaban en mi mesa corrían, otros se echaron debajo de la mesa y una señora, con la que bailaba comenzó a correr sin importarle que los abejorros de la muerte le picaron la cuerda de la vida y ella corría y corría. No lo pensé ni un instante y traté de alcanzarla y tumbarla, no fuera ser alcanzada por una bala perdida. Ella corría, corría como si se fuera preparando para batir la marca de los mil metros planos y yo no la alcanzaba y la gritaba

mas tampoco escuchaba o quizá creía que la estaban llamando para poseerla o violarle la vida con plomo candente. Corríamos y las balas volaban, silbaban y mordían con rabia, herían y mataban. Segaban vidas y quedaban tendidos en la carretera. la señora entró en una casa y yo la perseguí hasta la casa. Dentro de la casa había un cardumen de mujeres y muy pocos hombres, las mujeres estaban histéricas y al ver ese pandemium, esa locura colectiva con la autoridad que se asume en momentos críticos, pedí silencio. Todos callaron y dije: Apaguen las luces, y todas las mujeres se meten en este cuarto, lo cierran y no lo abran hasta que yo les avise. Unas se quejaban, otras sollozaban, otros hipeaban y doña Elvia, la dueña de la casa: Ya oyeron a don Ismael, háganle caso que él ha sido el Inspector de este pueblo. Su voz fue escuchada y todos callaron. Afuera el silencio nos congelaba la sangre del cerebro. Esto por un instante pero, las venas, en las venas navegaba la lava de la incertidumbre. En vista de que ya no se escuchaba nada, ordené que se prendieran las luces y, comenzaron otra vez los sollozos. Ay hombre, ay hombre, mi pierna, mi brazo ayyyy, corra don Ismael, que aquí hay un herido en la pierna y otro en la cabeza. Atendí el de la cabeza, afortunadamente era contusión, lo vendé. Debajo del sótano hay uno que tiene la pierna rota, trato de bajar cuando dicen: En la carretera hay un muchacho tendido, mírelo cómo se arrastra y es el hijo de don Ismael. Es César. El remolino de incertidumbre fue agónico, iba a correr a auxiliarlo. Doña Elvia me agarra fuertemente la mano y dice que no salga, que si salgo

me matan, que atienda al enfermo del sótano que ella se encarga de averiguar quién es el que está desangrándose en la carretera.

Atiendo al enfermo del sótano y le digo que trate de mover la pierna, la mueve en su totalidad, examino la herida, la taponeo, está pasado de lado a lado sin atravesar hueso alguno. Doña Elvia viene subiendo y dice que el herido es Sotero, un hijo de Crispi, que César está en casa y comienzo a subir los peldaños con ella y dice: don Ismael, usted está herido, ¿acaso no se ha dado cuenta? Siento que la pierna izquierda me flaquea, el dolor es intenso cuando trato de subir otro peldaño y me apoyo a ella, me sienta, me quita la bota, y por encima de la media hay un hematoma que sangra. Me quito la media, viendo mil demonios, el tobillo está abultado y sangra copiosamente. Aguantando candela al rojo, del dolor, me esculco el tobillo, que entre otras cosas no se ve, y no aguanto el dolor, me voy a desmayar, busco, rebusco, esculco y, siento un cuerpo extraño en el tobillo, entre carnosidad y cartílagos, sobo el proyectil, y sobo y penetro los dedos, con fuerza, con fuerza, dolor insoportable, y saqué el proyectil y un hilo de carne me inunda la cara, con sangre fría me hago un torniquete, no digo ni siquiera ay! La gente me mira, observa con curiosidad y cuando termino, me apoyo en los hombros de doña Elvia y ahí mismo, don Ismael está herido, vengan a ayudarlo.

Alguien gritó y allí mismo aparece gente y caminando, rengueando, llego, o mejor, paso por la

cantina donde se inició el tiroteo. Veo un cuerpo tendido en el tambo, sangre y más sangre como escape de vida, un gentío. La gente me ve con lástima, admiración y miedo; yo inmutable sigo camino y me siento en el andén. Griterío, comentarios. Yo lo sabía, que a él lo iban a matá, ectaba avisao pero ni hizo caso. Ese era su último día... Que en pá descanse el pobre di Coridorito.

El muerto era conocido con el apodo de Con-dorito y vinieron a matarlo. ¿Motivo? En Urabá se acostumbra a decir muchos adagios. Por ejemplo: En boca cerrá no entra mosco. Vé, calla y chúpate el deo. Juan seguro vivió mucho tiempo. La casa ajena tiene cacho y embiste como toro.

Esa noche hubo siete heridos y un muerto. Me llevaron al hospital, me enyesaron y el doctor Acevedo me dijo que estaría incapacitado por lo menos tres meses, debía de cuidarme, de lo contrario podría quedar tullido.

En la madrugada llegaba a casa con yeso hasta la horqueta. A rabiarse dijo y a no moverme. Al día siguiente los comentarios, la romería de la gente y, don Ismael es muy de buenas. No se astilló hueso. Un día, dos días y todo inmóvil y mirá el mar. El mar paréceme que me dijera: Párate, si te quedas sentado te tuelles y creyendo que el mar me está hablando, me absorto contemplándolo y siento una comezón en el pie bueno. Miro con miedo y curiosidad... Un cangrejo con tenazas trituradoras viene rumbo al mar y sin darme cuenta me paré, brinqué y ¡Dios mío! Casi que piso

una culebrita. No caí sentado porque me apoyé ahí mismo, pero de vaina iba a comenzar mal. Inspiré profundo. Me volví a sentar y vi la culebrita que iba rumbo al mar y en el mar se metió. A los tres días comencé a andar y en la noche me quité la venda, el yeso y ando de lo más bien. A veces me duele el tobillo, pero ya todo quedó atrás.

La tarde está mustia y estoy triste. El mar me contagia con su frialdad y ando absorto, no me hallo. ¿Qué me pasa? Pienso y resuelvo ir a Ripi Ruapi, una finquita que poseo en compañía a orillas del mar, a diez minutos del perímetro urbano. Las olas están espumosas, toreadas por las corrientes que vienen del Atrato, cantera líquida del mundo. Llego a Ripi Ruapi y sus cocos imponentes me invitan a entrar, a comerme un banano, a chupar una caña, a comerme una guayaba o..., a ver una inmensa culebra de más de dos metros de largo. Ella me vé, yo la veo, nos desafiamos con la mirada. La culebra tiene la mirada amarilla y yo la tengo fría. La culebra me huye, yo la persigo con un garrote, ella emprende atroz huida, la acorralo. Le tiro un fuerte garrotazo y el garrote da de punta en la nuca, dos dedos antes de la cabeza. Queda la culebra paralizada y me mira con ojos inyectados de lujuria satánica, veo claro que me dice: Hijueputa, te voy a matar. Me tenso, estoy preparado para la acometida, estoy tenso, listo. La culebra se para en su cola, está aturdida, la cabeza trata de engonzarse, la yergue. Me mira con rabia. La miro desafiante y viene para encima de mí y zuás, brinco y pasa rauda, tiro con ansia y vida el garrote y éste da en

plena cabeza, quedando la cabeza machacada y ella retorciéndose con un hilo, hilo de vida que se pierde en lontananza de olvido. La culebra se está muriendo y yo trato de coger el palo para volverla a matar. Con la cola trata de darme uno o más fuertes latigazos. Brinco y vuelvo a brincar y al caer del último brinco siento que me hace el pie al caer: Truuu...!!! La culebra mueve en el último estertor la cabeza y con ojos vidriosos y empañados con el velo de la muerte, me mira y yo la miro desafiante diciéndole: Hijueputa, te maté. Y la hijueputa culebra se reía, se reía y se moría, se moría, se retorció, se retorció y creí creer que se retorció de risa en agonía de la muerte. La maldita culebra se está muriendo y se está retorciendo de la risa. A todo esto yo estoy clavado, hechizado con la culebra y cuando trato de moverme, no podía, estaba clavado y el pie me ardía como si hubiera sido picado de la culebra. Estaba clavado en el mismo sitio que había caído al brincar y para colmo estaba clavado de lado a lado. El pie me lo había atravesado con un clavo. Había caído encima de un tablón y a éste lo atravesaba un clavo como de siete pulgadas. El puñetero del clavo, por el óxido, está carcomido pero puntiagudo, y con los ímpetus de asesinar a la culebra caía con todo el peso de los setenta y ocho kilos y por eso al caer sentí: Truuu... era el clavo que entraba al cuero, partía cartílagos y rompía cuerdas y destrozaba huesos.

La culebra se vengó de mí, estuve en cama más de tres meses incapacitado. El pie se me empostemó, me quiso atacar gangrena y por

último estuve con síntomas de tétano. Me apliqué tres vacunas y con tan mala suerte que como que alguna estaba pasada y me intoxicaron el organismo. Me dio alergia, comencé a reventarme por todo el cuerpo. Salieron chibolos, nacidos, golondrinos, panadisos y mil vainas más y para colmo de males soñaba o deliraba en medio de la fiebre que la culebra se reía a carcajadas y en medio de su satánica risa decía: Me vengué, me vengué.

Un día antes de atravesarme el pie de lado a lado, había adquirido un compromiso, por ende debía de viajar al día siguiente y ese día se convirtió en semanas y cuando fui, la niña me dijo incumplido, me voltió la espalda y me dejó plantado y para colmo de males, jamás creyó que todo había sido motivado por culebras, ni tampoco había existido clavo alguno. Mis ojos le manifestaban que era verdad, que me creyera y ella riéndose me dijo: Desde que las excusas se inventaron. Sacudió su trasero y me dejó plantado. Sentí frío en el alma, escozor en el cuerpo y volvieron las fiebres y el pie se empostemó y hubo día que alguien dijo que había que amputarlo. Saben ustedes una cosa: que a sabiendas que no me podía calzar, lo hice para decirle a la señorita que le había quedado mal, porque..., y ella no me creyó, y para colmo de males la calzada de ese día me costó casi la amputación del pie y meses de incapacidad. Zipote de venganza cobró la muy imbecuánica culebra.

Mientras pasa la convalecencia, prendo el televisor y dan películas de culebras. alguna tarde los

hijos las traen en calidad de muestra, para que yo vea sus proezas al matar semejantes culebras, y, mentalmente yo les digo, o me permito arrearles la grande, un día fue tanta la furia que les menté la abuela paterna.

Silvia Gallego, en una de las convalecencias, viene una tarde, se sienta y me dice: Cómo te parece que ayer en la noche estoy cosiendo en una mecedora, cuando veo una culebra que viene derecho hacia mí y se me subió por los pies y..., Uy, pero qué grosero se ha vuelto Ismael, me ha dejado con la palabra en la boca, mira cómo rengueando se fue, parece que tuviera alas. No es obsesión, no es que esté de terapia ni mucho menos me patina el coco, pero las muy endiabladas culebras me sacan de quicio y tan es así que viven o se trepan hasta el quicio de las puertas y las ventanas.

Va muriendo la tarde y las garzas buscan los manglares. Los chiquitines comienzan a chuparse los dedos y tomar las cobijas en busca del regazo de mamá. Nos hacemos viejos y papá ha muerto. Doblan las campanas y muchos amigos que años ha que no veía, acompañan el féretro de papá. La madre Victoria y también Eneyda. ¿Eneyda? Me palpita el corazón. Se abre un dique de ternura, mas no de amor. Recuerdo..., recuerdo que el Yeyo me dijo que yo estaba conjurado. Alguien vino a darme un pésame, y otro y otro hasta que caía la noche y se fueron todos. Quedé de nuevo con los míos, con mi madre, con mis hermanos y la del conjuro ya no estaba.

Estoy de nuevo en Urabá y se habla de culebras y pican las culebras y ya no me da tanto miedo, pero no resisto la tentación de matarlas y estoy tan obsesionado que una culebra que me ve y yo la veo es de imperiosa necesidad matarla. En mi región de Urabá se habla del Packoral, Birrí, Cabeza de candado, Cascabel, Mapaná rayo, Matacaballo, Candelilla, Mapaná prieta, Guardacamino, Bejuquillo, Platanera y de las costas del Chocó vienen toda clase de culebras, y para colmo vienen toreadas.

Las culebras me tienen azarado y realmente no quiero por el momento hablar más de culebras. En estos instantes dejé de ser enfermero, tegua, funcionario público, educador y otras cosas más. En estos momentos tengo un cuasi-estadero donde la brisa del mar me arrulla, donde dicen algunos amigos que es mi paraíso. Mi lugar es tan estratégico que me siento a escribir, a comer, a leer, en fin, a lo que quiera y veo al que viene y al que va, lo único que no alcanzo a ver son las culebras cuando vienen a cobrar y me agarran, me cogen de sorpresa y no me dan tiempo ni siquiera de volarme. Por lo menos para las culebras hay el suero antiofídico, y para las culebras de dos patas ¿qué hay? Pagas o te lleva el diablo, pagas o te clavamos.

Amigos, he sido picado, tentado, sacudido y mordido por culebras. Sé cuánto se padece, cuánto duele, pero culebras de dos patas sí hay que temerles, cuídense de ellas, contra ellas no hay, no existe ni existirá antídoto. Tienen la cabeza tan dura que el palo por muy macana que sea,

se revienta en las cabezas del más fuerte. Hoy, en el momento de escribirles este cuento verídico, tengo 43 años cumplidos y aspiro a preguntar qué pasó, por qué, cómo y con qué propósito estoy conjurado. He caminado bastante, he andado por muchos lugares más, jamás me he visto en aprietos que valgan la pena. He recibido la Sagrada Extremaunción dos veces y deseo no recibirla por tres veces. Ahora los dejo a ustedes desculebrados y hasta la próxima.

El Totumo, Octubre de 1987

*Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Febrero de 1988,
en EDICIONES GRAFICAS LTDA.,
Teléfono: 262 14 41
Medellín - Colombia*

12